

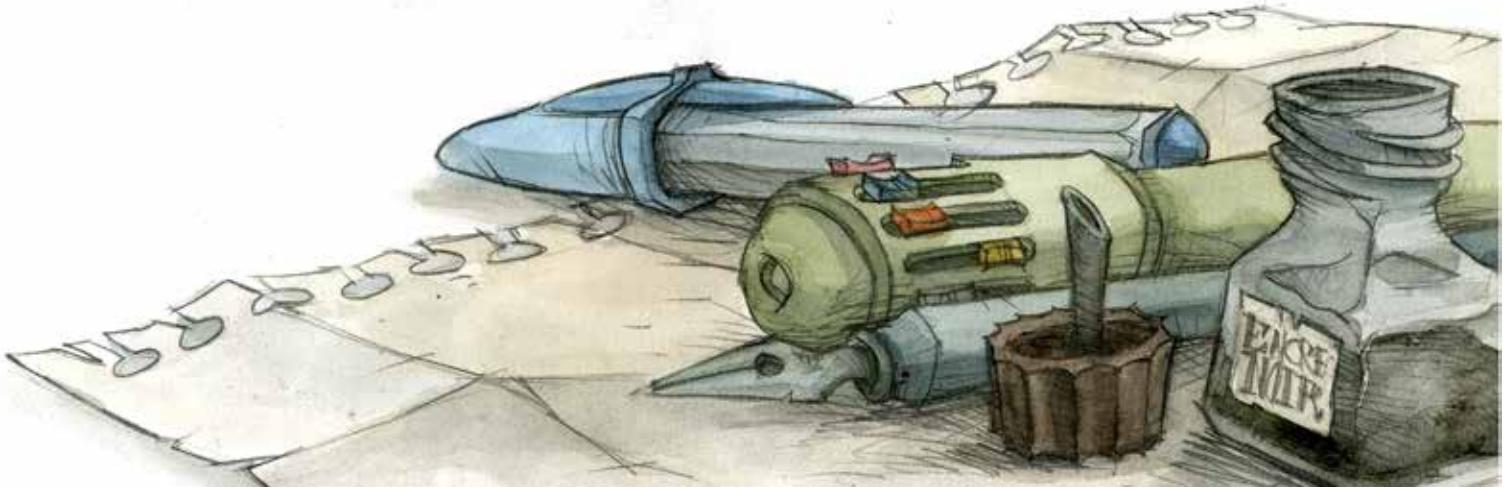
Lea(h)

© Del texto 2012, Juan Luis Roldán Calzado  
© De las ilustraciones 2012, Ángel Fernández Fernández

ISBN: 978-1-300-38236-2

# Lea(h)

Juan Luis Roldán Calzado  
Ilustraciones de Ángel eFe





A todos los que, de una manera u otra,  
han colaborado en que Leah pueda comenzar a andar.





*Originales días, amiga zurda,  
le aguardan caprichosos.*

*Ninguna aventura de Leah  
obtendrá recompensa  
sin inventar una leyenda.*

*Nunca antes un juego  
recordó olvidados problemas,  
acertijos totalmente increíbles.*

*¿Realmente conseguirá su éxito,  
alcanzará Leah el valiente objetivo?*

*No anticipemos nada.  
Una simple estratagema  
arruinaría todo su encanto.*





Cuando la madre de Leah entró en su habitación, encontró a su hija sentada en la cama, pensativa.

- Pero, Leah, hija, ¿todavía no te has duchado? Y ni siquiera has hecho la cama. ¿Sabes qué hora es?

- Ya, mamá, llevas razón –respondió ella con naturalidad-. Es que estaba pensando...

Su madre suspiró con resignación y se sentó a su lado

- A ver, qué, cuéntame.

- ¿Tú ya sabes qué le vas a regalar a papá?

- Bueno –se encogió de hombros-, sé de varios libros que le interesan, así que iré uno de estos días a comprar alguno.

- Qué suerte –reconoció con cierto fastidio- yo no tengo ni idea de qué regalarle.

- Bueno, si quieres podemos ir juntas y le compras tú otro libro. Yo tengo varias ideas. ¿Qué le va a regalar tu hermana?

Leah se encogió de hombros.

- No lo sé. Pero es que, ¿sabes?, me gustaría que fuera un regalo diferente. El otro día comentó que este año iba a ser un año especial.

Su madre soltó una carcajada.

- Sí, su Año de la Suerte. No hagas caso a tu padre, es sólo otro de sus juegos de números. Y ya puede buscarse uno bueno para el año que viene.

- Pero yo creo que lo decía en serio.

- Bueno, no sé si lo dice en serio -se encogió de hombros-, aunque qué más da. Sea como sea, nunca está de más tener un Año de la Suerte, ¿no te parece?

- Sí, eso es cierto.

- Pues ya está. Bueno, ¿y qué te gustaría regalarle entonces?

- No lo sé, pero, ya te digo, me gustaría algo que fuera un poco especial.

- Bueno, déjame pensar... Vale –dijo tras una pausa-, conozco una tienda en el centro con cantidad de objetos curiosos y mágicos.

- ¿Sí?, ¿Cómo qué?

- Bueno, no sé, cacharros antiguos, juegos ópticos, viejos carteles. ¡Ah, y en el Rastro hay otra en la que podríamos mirar! Oye –propuso levantándose-, podemos aprovechar que estoy de vacaciones y nos vamos las dos juntas de compras. De compras locas, ¿te parece?

- Vale, sí, me gusta la idea...

- Pero... -indagó su madre, que conocía muy bien a Leah.

- No sé, me gustaría que fuera algo más mío, que se me ocurriera a mí. Aunque estoy deseando ver todos esos cacharros locos, la verdad.

- Pues, decidido, iremos a verlos esta semana. Pero, bueno, entiendo lo que dices del regalo y me parece buena idea. Oye, ¿y qué tal si le escribes una historia, uno de tus cuentos de Lea sin Hache?

Aunque se llamaba Leah, a ella le gustaba firmar sus historias como *Lea*. En realidad esa hache había sido siempre uno de sus grandes problemas, ya que como letra muda que era, había que estar todo el tiempo avisando de su existencia, por lo que cada vez que la presentaban o tenía que rellenar algún papel, se veía obligada a precisar que era “Leah con Hache” y que además la incordiosa letra estaba al final, que no era *Leha* y mucho menos *Lhea*.

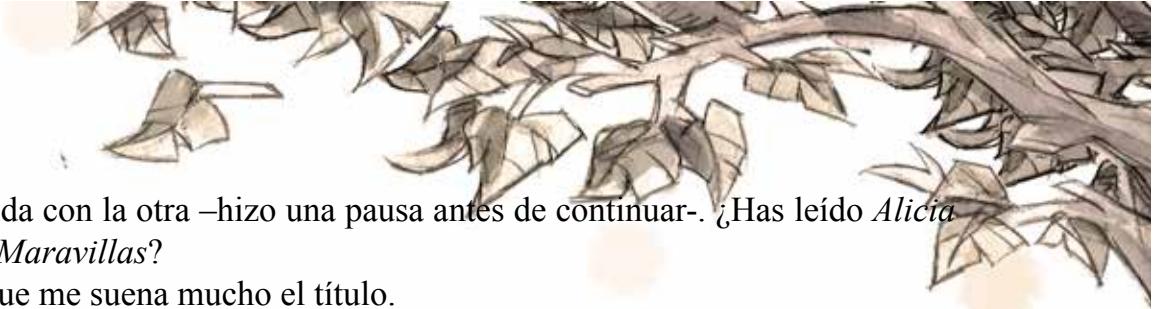
Por eso firmaba como Lea, porque era una forma de librarse de esa maldita letra. A su madre, Karen, que era americana, le gustaba mucho el nombre. De hecho, lo había elegido ella por una canción de Roy Orbison, un cantante que a ella le gustaba mucho cuando era joven. Pero lo cierto es que a Leah le había traído muchas complicaciones y escribirlo sin h era como una liberación y, a la vez, una forma de despojarse de lo superfluo y quedarse con lo fundamental de sí misma, que era precisamente lo que pretendía en sus historias.

- Pero a papá lo que le gustan son los números, no las historias –dudó.

Su madre rechazó esa idea con un gesto.

- ¡En absoluto! A él también le gusta mucho leer todo tipo de historias. Además, una





cosa no está reñida con la otra –hizo una pausa antes de continuar-. ¿Has leído *Alicia en el País de las Maravillas*?

- No, aunque sí que me suena mucho el título.

- Ven, vamos a buscarlo abajo, en la biblioteca.

La biblioteca era una de las habitaciones preferidas de Leah, si no su favorita. No era una estancia demasiado amplia, pero estaba absolutamente recubierta de libros. Y a ella le gustaba rebuscar entre aquellas estanterías y dejarse atraer por una portada llamativa o un texto interesante en la contraportada.

Lo primero que le llamó la atención del libro de *Alicia* fue que su madre se fue a buscarlo a la parte donde su padre amontonaba, casi literalmente, los libros de Matemáticas.

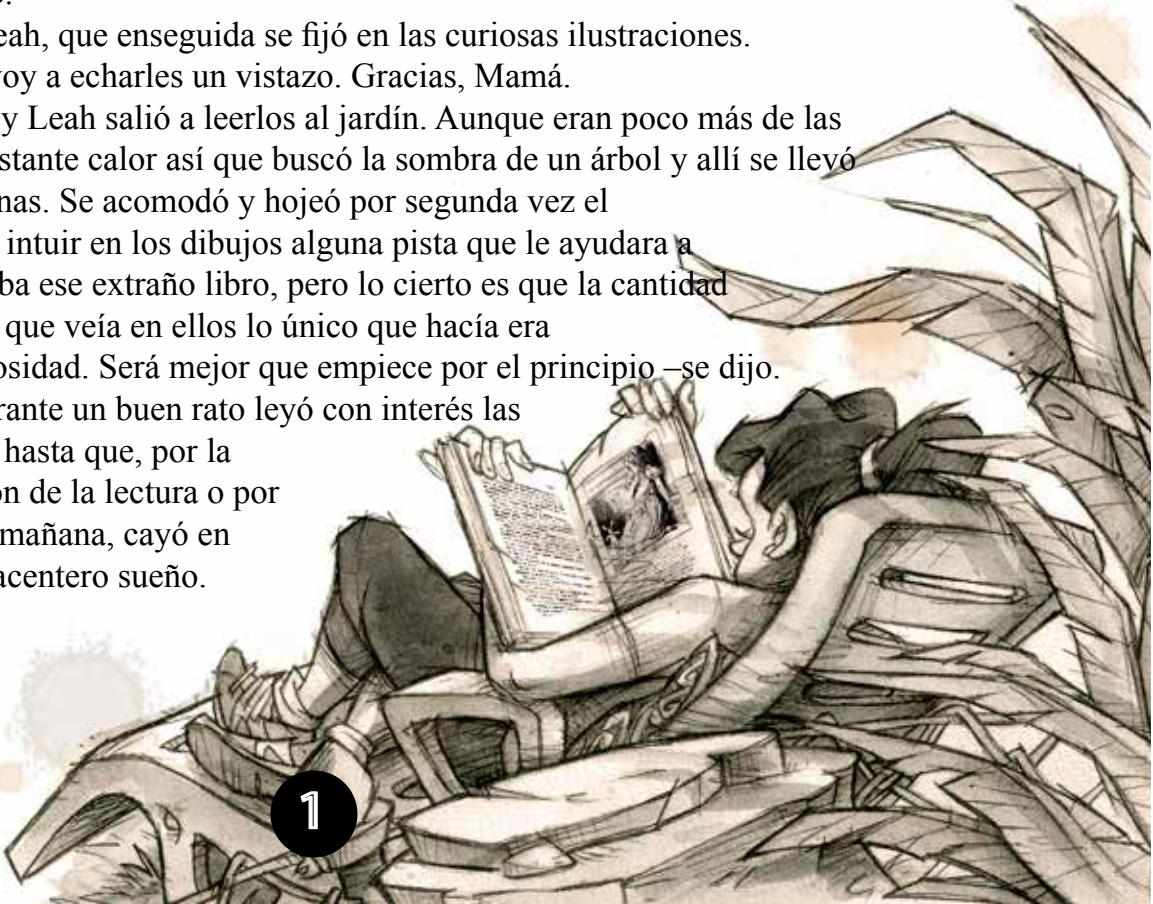
- Mira, aquí está. Bueno, son dos partes. *Alicia en el País de las Maravillas* y *Alicia a Través del Espejo*.

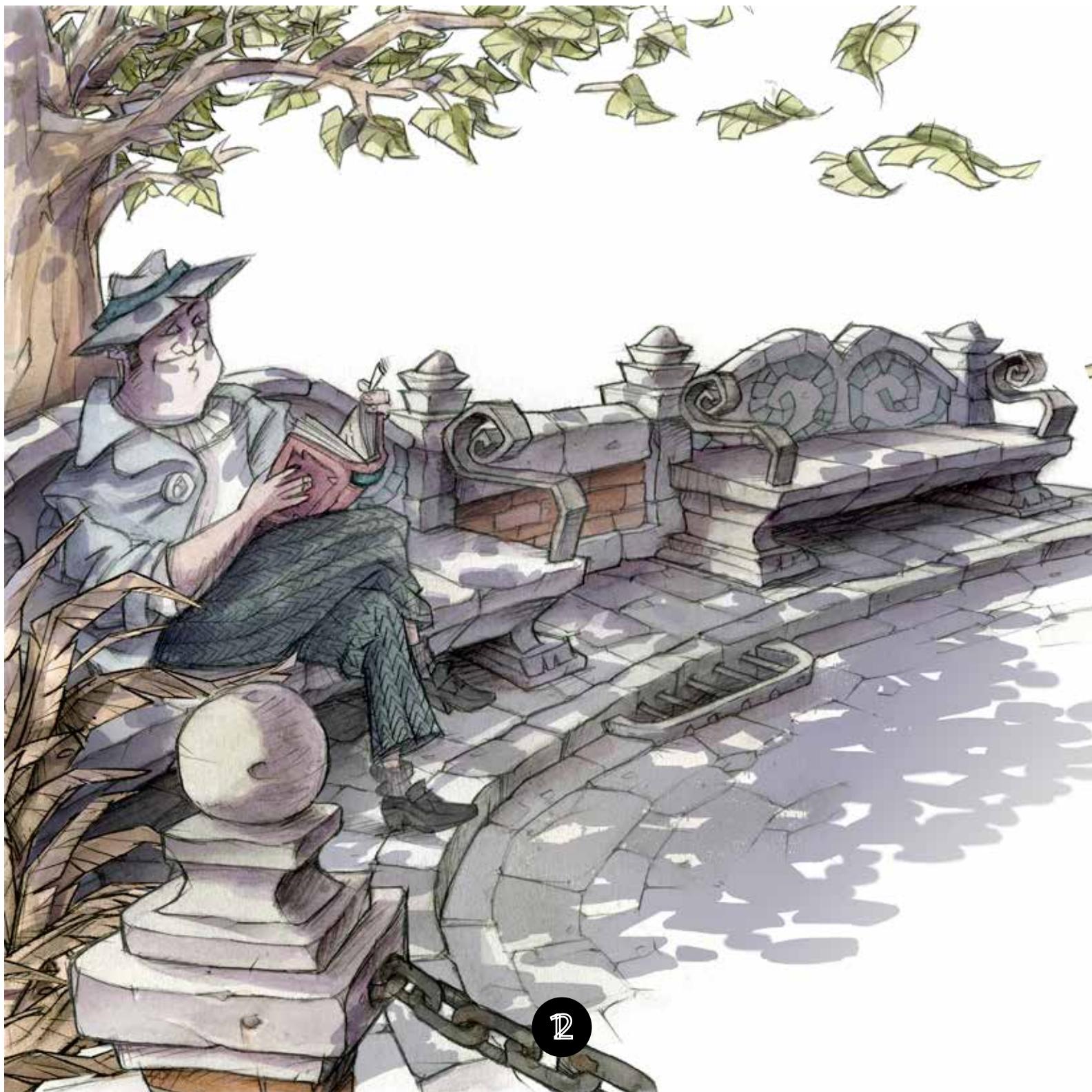
Se los tendió a Leah, que enseguida se fijó en las curiosas ilustraciones.

- Vale, creo que voy a echarles un vistazo. Gracias, Mamá.

Su madre asintió y Leah salió a leerlos al jardín. Aunque eran poco más de las once, ya hacía bastante calor así que buscó la sombra de un árbol y allí se llevó una de las tumbonas. Se acomodó y hojeó por segunda vez el libro, tratando de intuir en los dibujos alguna pista que le ayudara a entender de qué iba ese extraño libro, pero lo cierto es que la cantidad de seres extraños que veía en ellos lo único que hacía era aumentar su curiosidad. Será mejor que empiece por el principio –se dijo.

Y así lo hizo. Durante un buen rato leyó con interés las primeras páginas hasta que, por la propia satisfacción de la lectura o por el calorcito de la mañana, cayó en un profundo y placentero sueño.







Cuando Leah despertó, se encontró sentada en el suelo, en mitad de un viejo callejón. Parecía la parte vieja de la ciudad, aunque estaba segura de que por lo menos *allí* no había estado nunca. ¿Cómo habré llegado hasta aquí?, pensó, y, aún sin levantarse, miró a su alrededor. A su izquierda, al final del callejón, distinguió una plaza bastante concurrida, pero no quería mezclarse con la gente sin saber aún dónde estaba.

No sentía miedo. Al contrario, se sentía especialmente tranquila, si bien el viaje la había dejado algo aturdida. De forma instintiva, fue a echar mano del libro de Alicia que estaba leyendo, pero por más que buscó, no pudo encontrarlo, lo que casi le sorprendió más que aparecer en aquel callejón desconocido. Sin embargo, sí estaba a su lado la bolsa de tela sin la que nunca salía a la calle. ¡Qué raro!, pensó, no recuerdo haberla sacado al jardín, aunque se respondió sonriendo que eso no era nada comparado con todas las preguntas que tenía que responder. Probablemente sea un sueño, se dijo, y la mejor forma de despertarme creo yo que será que *me pasen cosas*. Así que levantó y echó a andar en dirección contraria a la de aquel montón de gente.

El callejón hacía un recodo y, al doblar la esquina, se encontró con otra plaza que parecía mucho más tranquila. Sólo había un hombre que, sentado en un banco, leía fumando bajo uno de los árboles. Pensó que quizá fuera una buena idea preguntarle qué era aquel extraño sitio, por lo que se acercó a él. Pero, antes de que pudiera abrir la boca, el hombre la saludó con una franca sonrisa.

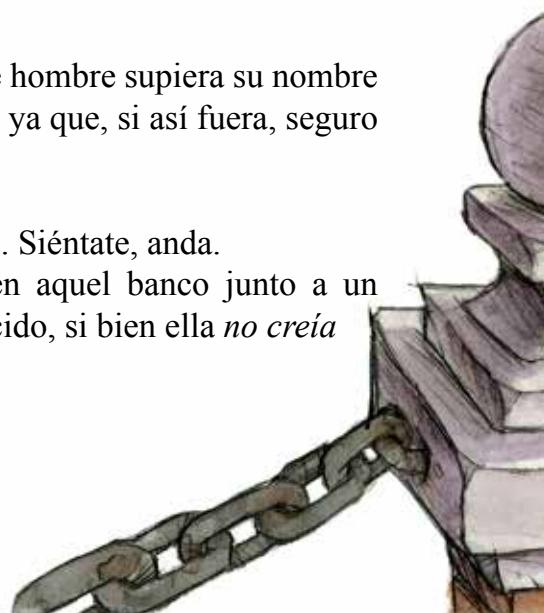
- Hombre, Leah, me alegro de verte de nuevo por aquí.

Leah no sabía qué le resultaba más sorprendente, si que ese hombre supiera su nombre o que ella hubiera podido estar antes en un sitio semejante, ya que, si así fuera, seguro que se acordaría.

- Entonces, ¿me conoces? –le preguntó.

- Bueno, eso es mucho decir –matizó el hombre sonriendo-. Siéntate, anda.

Leah dudó un instante si era una buena idea sentarse en aquel banco junto a un desconocido. Bueno, realmente no sabía si era un desconocido, si bien ella *no creía conocerle*.



Finalmente decidió que, si le preguntaba su nombre, eso *le haría conocido*. Así que se sentó a su lado y le preguntó:

- ¿Y tú cómo te llamas?

El hombre rió tan de buena gana que casi hizo innecesaria la respuesta.

- Socarrón.

Una vez hechas las presentaciones, Leah se animó a seguir preguntando.

- Es un nombre curioso. Pero, ¿realmente te llamas así?

- Bueno, más bien así es *como me llaman los demás*.

- Me refiero a si ese es *tu verdadero nombre*.

- ¿Y cuál es la diferencia? –replicó Socarrón encogiéndose de hombros-. ¿De qué sirve un nombre si no es para que te llamen? Los padres se ahorrarían muchos disgustos si tuvieran la paciencia de esperar a ver cómo llaman a sus hijos. Por ejemplo –la miró pensativo-, ¿cómo te llaman a ti tus amigos?

- Lea –admitió Leah con resignación-, pero sin la hache, claro.

- Bueno, sería difícil que te llamaran Leah *con la hache*, en cualquier caso.

Leah reflexionó un instante antes de responder.

- Ya. Oye, ¿crees que debería poner la h en mi carnet de identidad?

- Oh, sí, yo la pondría, pero lo más alejada posible de tu nombre –aclaró con una carcajada-. Y a todo esto, ¿qué haces por aquí?

Leah se encogió de hombros.

- No lo sé. Estaba leyendo “Alicia en el País de Maravillas” y supongo que me quedé dormida. El caso es que, al despertar, me he encontrado aquí.

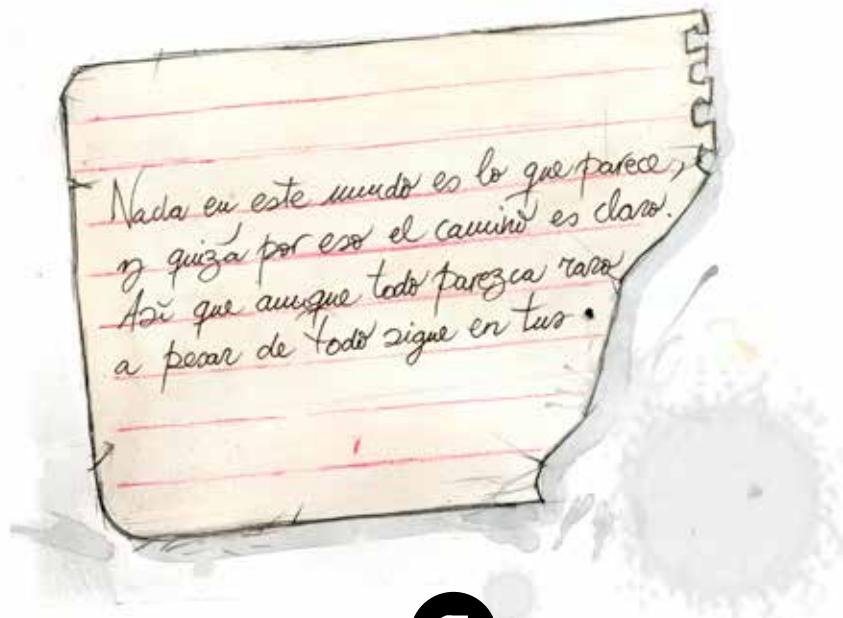
- Vaya, así que “Alicia en el País de Maravillas”. ¿Y por qué ese libro?

- Me lo recomendó mi madre porque es el cumpleaños de mi padre y quería buscarle algo original...

- Podrías regalarle –le interrumpió Socarrón- el “Diario de Adán y Eva” de Mark Twain. Considero que es bastante *original*.

- Mark Twain es el autor de Tom Sawyer, ¿verdad?
  - Efectivamente, y también de una autobiografía póstuma, lo que reconocerás que es un logro realmente notable.
  - Sí –admitió Leah sin mucho convencimiento-. Aunque no me importaría buscar otras alternativas para el regalo.
- Socarrón se levantó y, como si fuera el presentador de un espectáculo, mostró con un gesto de la mano el panorama que les rodeaba.
- Aquí tendrás todas las que necesites. Estas calles están llenas de tiendas repletas de los objetos más increíbles que puedas imaginar.
  - ¿Tiendas? Pero –dudó revisando el interior de su bolsa de tela- aquí no tengo dinero.
  - No te preocupes, eso es lo de menos –la tranquilizó Socarrón.
  - Pero, entonces, ¿de qué sirve una tienda *si no vende*?
  - Yo no he dicho que *no vendan*, simplemente que *tú no tendrás que comprarlos* – argumentó Socarrón.

En ese momento, Leah se fijó en un papel que estaba tirado en el suelo. Se agachó a recogerlo y comprobó que tenía escrito una especie de poema.



- Lástima –se lamentó Leah-. Le falta el final.
- Socarrón inspeccionó la hoja con cuidado.
- Hum, si te fijas el corte, parece que alguien la ha arrancado de un tirón.
- Pero si fuera así –replicó Leah-, faltaría justo la esquina contraria.
- Bueno, eso depende de cómo coloques el cuaderno. Hasta puede que sea una persona zurda y que escriba en ese lado de la página porque le resulte más cómodo...



A Leah esa idea le pareció muy interesante, y pensó que, si ella tuviera una amiga zurda, sería genial compartir un cuaderno de forma que una pudiera escribir las páginas pares y otras las impares. Incluso podrían contar en el cuaderno su propia historia de las amigas zurda y diestra que comparten su cuaderno. O mejor aún, comenzar cada una por el extremo del cuaderno que le resultara más cómodo y que las historias se fueran acercando poco a poco. Por supuesto, en algún momento tendrían que encontrarse y, aunque después cada una continuara su historia, sin duda el encuentro provocaría que, a partir de ese instante, los relatos fueran muy diferentes.

De pronto un pensamiento le sobresaltó al mirar aquel papel rasgado. ¿Y si realmente lo que tenía en su mano era la primera página que le escribía esa Chica Zurda?

- ¿En qué piensas?

- No sé –dudó guardando el papel en su bolsa-, en si esto es un mensaje que debo responder.

- Quién sabe –dijo Socarrón con una sonrisa-. En cualquier caso, ¿sabrías *qué responder*?

- No, la verdad.

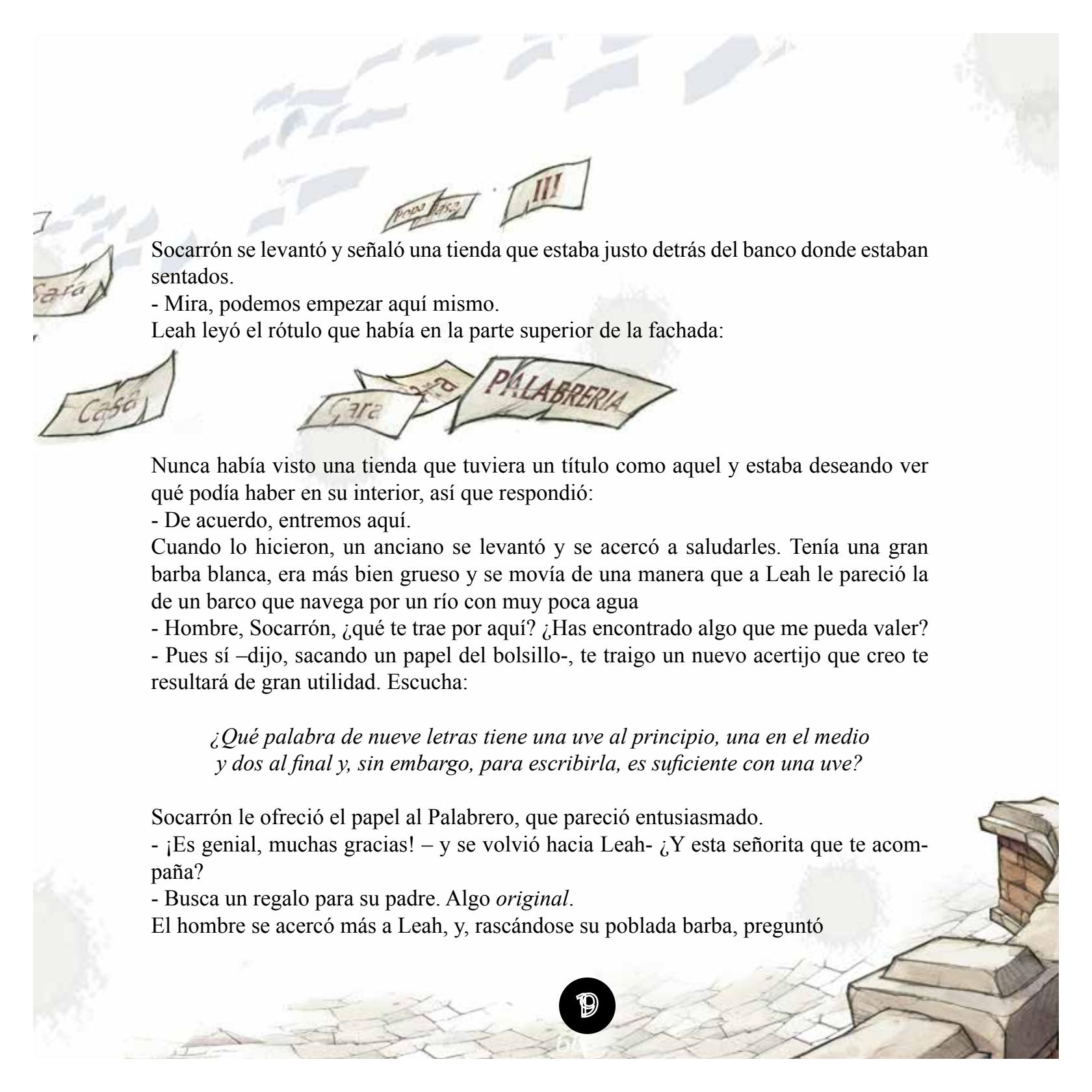
- Entonces, no creo que tengas nada de qué preocuparte –dijo Socarrón. Y soltó una gran bocanada de humo.

- ¿Sabes que el tabaco es muy peligroso, verdad? –le preguntó Leah frunciendo el ceño.

- Claro que lo sé, guapa. Por eso, cada vez que veo un cigarrillo, le prendo fuego. Por lo que pudiera pasar.







Socarrón se levantó y señaló una tienda que estaba justo detrás del banco donde estaban sentados.

- Mira, podemos empezar aquí mismo.

Leah leyó el rótulo que había en la parte superior de la fachada:

Nunca había visto una tienda que tuviera un título como aquel y estaba deseando ver qué podía haber en su interior, así que respondió:

- De acuerdo, entremos aquí.

Cuando lo hicieron, un anciano se levantó y se acercó a saludarles. Tenía una gran barba blanca, era más bien grueso y se movía de una manera que a Leah le pareció la de un barco que navega por un río con muy poca agua

- Hombre, Socarrón, ¿qué te trae por aquí? ¿Has encontrado algo que me pueda valer?

- Pues sí –dijo, sacando un papel del bolsillo-, te traigo un nuevo acertijo que creo te resultará de gran utilidad. Escucha:

*¿Qué palabra de nueve letras tiene una uve al principio, una en el medio y dos al final y, sin embargo, para escribirla, es suficiente con una uve?*

Socarrón le ofreció el papel al Palabrero, que pareció entusiasmado.

- ¡Es genial, muchas gracias! – y se volvió hacia Leah- ¿Y esta señorita que te acompaña?

- Busca un regalo para su padre. Algo *original*.

El hombre se acercó más a Leah, y, rascándose su poblada barba, preguntó

- Hum, pero ¿cómo le gustan a tu padre las palabras? ¿Crees que es más bien locuaz? ¿Irónico? ¿Pedante?

Leah pensaba que nada de eso encajaba con la descripción que se podría hacer de su padre, así que se limitó a dar la única información que creía relevante.

- Es matemático.

El Palabrero levantó los brazos para celebrar la noticia:

- ¡Pardiez!, no me digas más. Déjame ver, déjame ver –y empezó a recorrer las mesas

- Un matemático, ¡qué responsabilidad! Tiene que ser algo preciso, bello, contundente, definitivo...

- ¿Tal vez una *cadena con sentido*? –sugirió Socarrón.

- Hum, no es mala idea. Pero no sé si me quedan. Espera, que busco...

Efectivamente, el Palabrero comenzó a rebuscar en una caja llena de papeles de distintos colores, tan desordenada que Leah pensó que allí era imposible poder encontrar algo, sobre todo si era *algo concreto*. Aunque, para su sorpresa, el Palabrero mostró triunfante un papel de color verde:

- Mira, tengo esta –y leyó su contenido.



*Casa cara para Sara será.*

- ¿Cómo te llamas tú, muchacha? –preguntó a continuación.

- Leah

- Lea, Lea... Espera, que voy a llamar a mi ayudante. ¡Separato!

Tras unos segundos de pausa, apareció un muchacho desgarbado y con cierto aire enfermizo. No es que parezca precisamente un genio, pensó Leah. En una mano llevaba una hoja manuscrita y en la otra una gran regla.

- Es que le he dicho que tiene que medir mejor sus palabras –les dijo en un susurro. Después alzó la voz para dirigirse a Separato–. Mira, buscamos una cadena perfecta, a ver qué puedes hacer con este nombre, Lea.

- ¿Lea? En fin, bueno, procuraré tenerlo enseguida, en menos que... calle un gato. Con gesto nervioso, Separato se sentó en lo que parecía su escritorio de trabajo. Leah, mientras, aprovechó para curiosear todo lo que el ayudante tenía allí para desarrollar su labor: varios tipos de papel, distintos útiles de escritura, desde una vieja pluma con tintero hasta modernos bolígrafos, también un libro sobre tipografías, así como reglas de muy diferentes tipos y tamaños. Pero, de todas las cosas, lo que más le llamó la atención fue una especie de estampa.

- Es un viejo *ex-libris* –aclaró el Palabrero al ver el interés de Leah-. Lo encontramos en un volumen que recogía las cinco *Novelas Ejemplares* de Alonso de Alcalá y Herrera.



Al cabo de unos minutos, Separato tocó el brazo de su jefe y le tendió un papel. El Palabrero leyó su contenido:



Al ver que su jefe no parecía muy satisfecho con el resultado, Separato trató de disculparse:

- Lo-lo siento, ya sabe que yo siempre... pago lo que debo.

No es que Leah quisiera echar más leña al fuego, pero se vio en la necesidad de aclarar:

- En realidad es Leah, pero con hache. Con una hache al final.

El Palabrero miró encogiéndose de hombros a su ayudante quien, sacudiendo la cabeza, volvió a la tarea.

- Por cierto, Leah –le dijo Socarrón-. ¿Cuál es la palabra que, si le quitas sus cuatro últimas letras, permanece igual? *Tú más que nadie* deberías saberlo.

Leah se sintió *doblemente* ignorante al desconocer algo que ella precisamente debía conocer. Pero entonces recordó un juego de palabras que su padre le había enseñado y decidió que era el momento de mostrar sus propias cartas.

- No, no lo sé. Pero, ¿a qué tú no sabes cuál es la palabra que tiene doble sentido, uno generoso y otro ardiente?

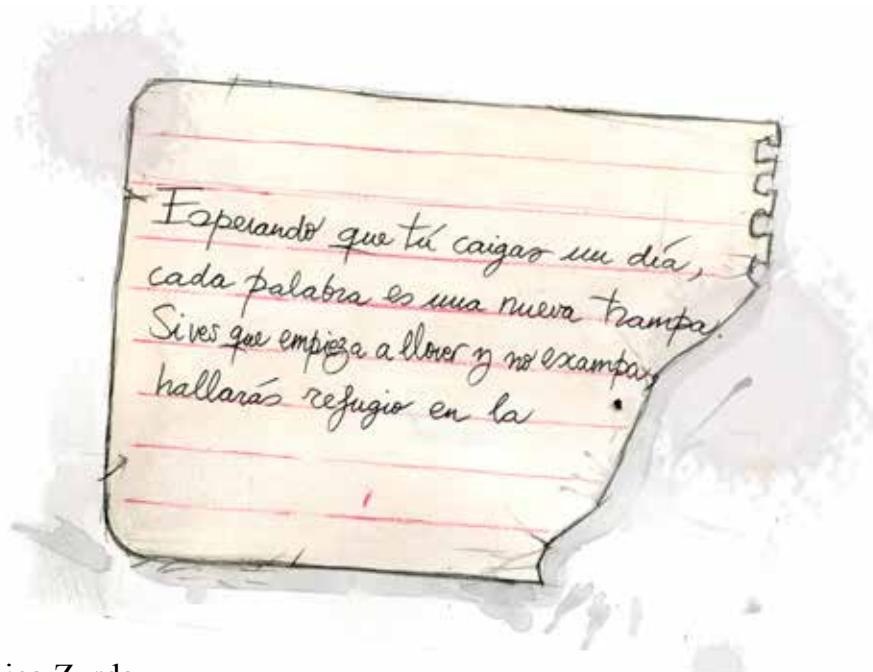
- Ja, ja –lo celebró Socarrón-. ¡Esta chica tiene madera! Ahí me has pillado, lo reconozco.

Se hizo una pausa, durante la cual los tres de forma instintiva se volvieron hacia Separato, cuyo gesto de esfuerzo y concentración recordaba a un mecánico que tratara de vencer la resistencia de una tuerca oxidada.

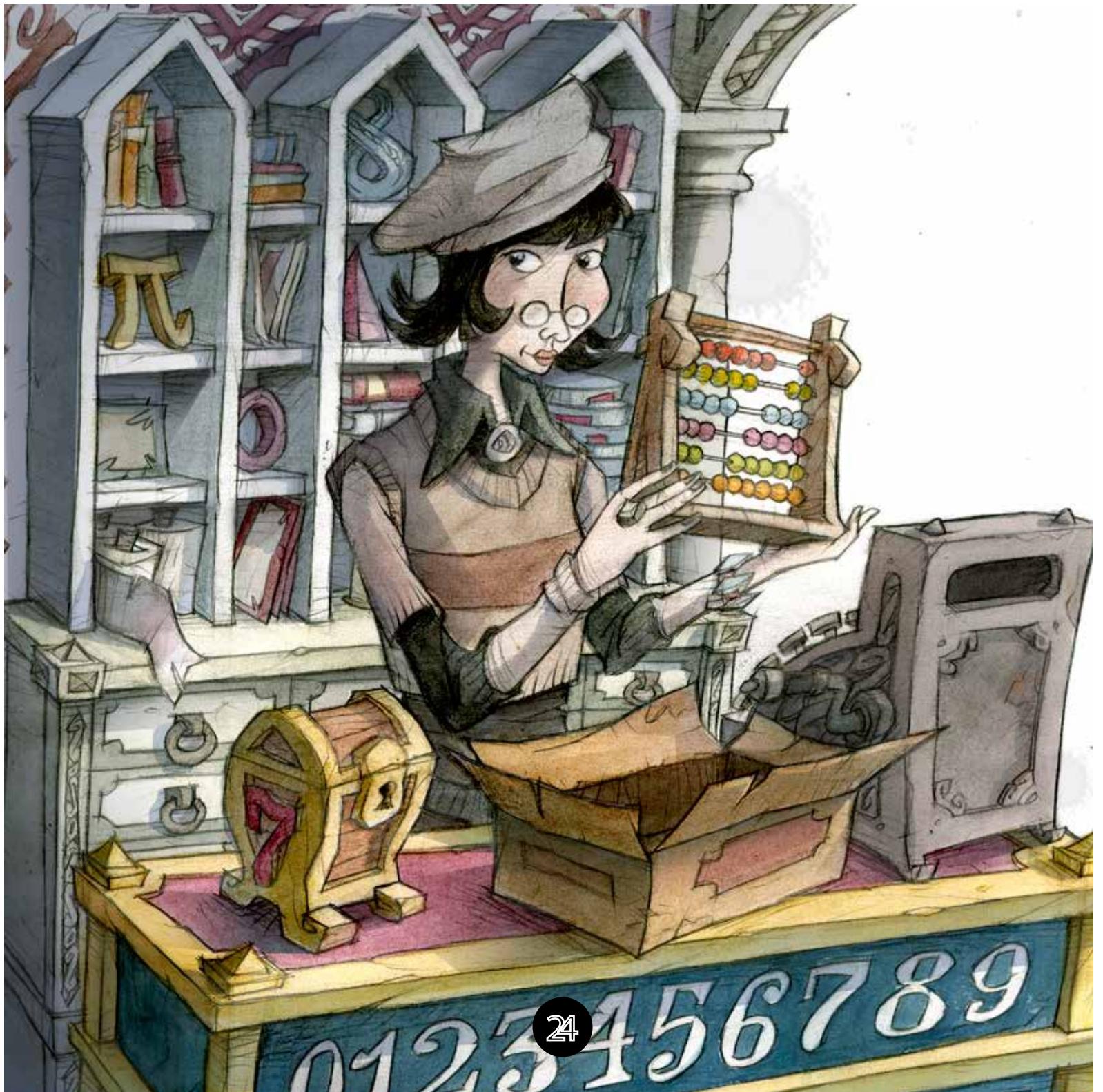
- Déjalo, Separato -le liberó su jefe poniendo una mano en su hombro-. Es demasiado. ¡Leah con hache! -y se dirigió a la interesada-. Lo siento, hija, habrá que buscar otra cosa... ¡Espera! ¿Y si le regalaras el *Diccionario de Palabras Enigmáticas*? Mira -dijo cogiendo un libro de una de las estanterías-. Aquí puedes encontrar -dijo mientras hojeaba el libro- la palabra que tiene más emes que vocales... O esta que designa lo mismo a una fruta que a un animal. O la única que tiene dos úes seguida. ¡Ah, y mira! La palabra más larga que puede escribirse con letras diferentes...

- ¿Qué te parece, Leah? -le preguntó Socarrón.

Pero Leah no estaba escuchando. Su mirada se había detenido en la caja llena de papeles, ya que, entre ellos, había entrevisto uno idéntico al que había encontrado en la calle: la misma letra, el mismo tipo de hoja y el trozo arrancado de la misma manera.



Volvía la Chica Zurda.



Cuando salieron de la Palabrería, Leah reparó de nuevo en las calles desiertas.

- No hay casi nadie por la calle. ¿Siempre es así?

- Sí –admitió Socarrón con nostalgia-, cada vez menos gente se interesa por estas viejas tiendas.

- De todas formas, si yo viviera en este barrio, no sé si me atrevería a salir hasta que viera más personas por la calle.

- Vaya, un mal razonamiento, sobre todo si *todos* los que viven aquí pensarán *lo mismo*.

- Ya –admitió Leah sin terminar de entender lo que Socarrón quería decir-. Bueno, ¿y dónde vamos ahora?

Socarrón soltó una carcajada.

- ¿Es que tienes prisa? No creo que tengas ocasión de pasar de nuevo por un sitio como este, así que disfruta del paseo.

- No, si lo intento, es que necesito ya el regalo de mi padre, que pronto será su cumpleaños.

- No te preocupes, al final tendrás tu regalo. Te lo garantizo –y señalando a la tienda de enfrente, añadió-. Mira, vamos a entrar aquí.

- ¿Crees que aquí lo encontraremos?

- ¿No te he dicho que *al final* lo tendrás? Dios mío, es necesario repetírtelo todo.

- A lo mejor basta con que *te expliques bien una vez* –protestó Leah.

Empujaron la puerta del establecimiento y enseguida a Leah le sorprendió la limpieza y elegancia del local, sobre todo en contraste con el desorden de la Palabrería. Una dependienta que le pareció algo estirada se acercó hasta ellos.

- ¿Qué tal, Esmerada, guapa? –la saludó Socarrón-. Mira, te traigo una clienta.

Esmerada protestó sin alterar la expresión de su rostro.

- No creo que sea la forma correcta de dirigirse a alguien con quien no tiene familiaridad.

Socarrón desplegó una de sus francas sonrisas.

- Pues a mí me resultas muy familiar. De hecho te veo todos los días. Y además con muy buenos ojos, ya lo sabes.

- No sé yo si son tan buenos –intervino Leah.

Pudo apreciar cómo Esmerada contenía una sonrisa antes de dirigirse a ella.

- ¿Y qué es lo que deseaba?

- Un regalo para mi padre –acertó a responder.

Había algo en Esmerada que a Leah le imponía mucho respeto. Tal vez era su perfecto peinado o quizá su atuendo, tan formal como impecable. El caso es que se sentía como ante una profesora exigente ante la que no debía fallar una respuesta. De hecho, al ver que la dependienta tenía la mirada fija en ella, sabía que debía seguir continuar la explicación del porqué de su visita.

- Busco algo original o extravagante, no sé...

- Su padre es matemático –zanjó Socarrón.

- Ah, muy bien, perfecto – y como si fuera una máquina que hubiera recibido las órdenes precisas, giró sobre sus tacones y añadió-. Acompañenme.

Se acercó a una de las vitrinas. En ella había unos números muy grandes escritos en elegantes tarjetas.

- Tenemos algunos números perfectos –explicó Esmerada-. Mire, el 33.550.336 y este otro, a ver..., sí, es el 3.589.869.056.

- Este no parece tan perfecto –repuso Leah, señalando uno de los números-. De hecho, parece que aquí le falta un trozo...

- Es una vergüenza que esto venga así de la fábrica –intervino Socarrón con sorna-. Desde luego, tendrías que montarles un número.

Esmerada, algo molesta por el hallazgo de un desperfecto, se aproximó sin decir una palabra a otro expositor en el que se mostraban grandes rollos de papel. Uno de ellos, a modo de muestra, estaba parcialmente extendido de forma que se podía leer el principio de un número.

- ¿Y estos otros números tan grandes?

- Cada uno de estos números –explicó- es el producto de dos grandes números primos. Si compran uno, se lo podemos factorizar, si bien le advierto que, una vez factorizados, ya no se pueden devolver. Aunque también puede llevarse uno más pequeño como este –dijo cogiendo una de las tarjetas de la parte baja-, y tratar de factorizarlo en casa.



Esmerada, al ver cómo Leah contemplaba aquel número sin ninguna emoción, pareció pensar que sería mejor mostrarles otros artículos. Cogió un estuche de una de las estanterías y sacó una extraña cadena grabada que extendió sobre el mostrador.

- ¿Y qué tal una Cadena Perfecta? Tenemos aquí una de gran calidad, sin plurales ni verbos.



- ¡Sin plurales ni verbos! –se admiró Socarrón recorriendo sus eslabones-. Un producto de auténtico lujo. Desde luego, hay que reconocer que aquí todo es de primerísima calidad.

- Sí, quizá demasiado para usted –le respondió Esmerada-.

Socarrón, que parecía no haber acusado el golpe, cambió el tono de su voz.

- Por cierto, hablando de cadenas, te he traído un *esnob*. Bueno, dos. Mira... Echó mano de su bolsillo, pero Esmerada le detuvo con un gesto.

- Aquí no, Socarrón –le dijo, visiblemente incómoda.

- Pero, ¿qué es un *esnob*? –preguntó Leah.

- Una palabra que no se puede encadenar con ninguna otra –le aclaró Esmerada. A Leah no le gustó esa idea.

- Vaya, qué idea más triste, ¿no?

Socarrón abrió los brazos.

- Pero esta es una maravilla –dijo sacando finalmente el papel-. En realidad es un precioso lote de dos: *reloj y tiempo*. ¿Puede haber una combinación más hermosa? Dos palabras en principio solitarias unidas por su propia condición.

Esmerada miró intensamente el papel donde estaban las dos palabras escritas.

- Es un material magnífico, sin duda. ¿Cuánto pide por él?

- Ya sabes –respondió Socarrón satisfecho-. El buen cazador disfruta cobrando su pieza, no hay otra recompensa mayor –hizo una pausa antes de proseguir- Por cierto –dijo mirando a Leah-, si la palabra *esnob* te parece triste, puedes comprar *medias naranjas*. ¿Te queda alguna pareja?

- Sólo un par -admitió Esmerada-: *crac y frac*.

- ¡Pero esa es genial!, tan rompedora como elegante...

- ¿Por qué las llamas medias naranjas? –tuvo que preguntar de nuevo Leah.

- Porque sólo pueden enlazarse la una con la otra –explicó Socarrón-. Es una idea muy bella, ¿verdad?

- No lo sé –dudó Leah-, a mí me resultan tan tristes como las otras, la verdad. Vale, están juntas, pero, al final, igual de aisladas del resto que los *esnobs*.

- Pero –repuso Esmerada-, ¿no te parece asombroso descubrir una palabra que, entre todas las posibles, sólo haya una segunda con la que pueda enlazarse? ¿No te parece cosas del destino?

Socarrón, algo más pragmático, añadió:

- En realidad son *esnobs* que se quedan a medio camino de serlo, una especie de *esnobs peninsulares*, si me permitís la expresión –dijo riéndose de su propia ocurrencia.

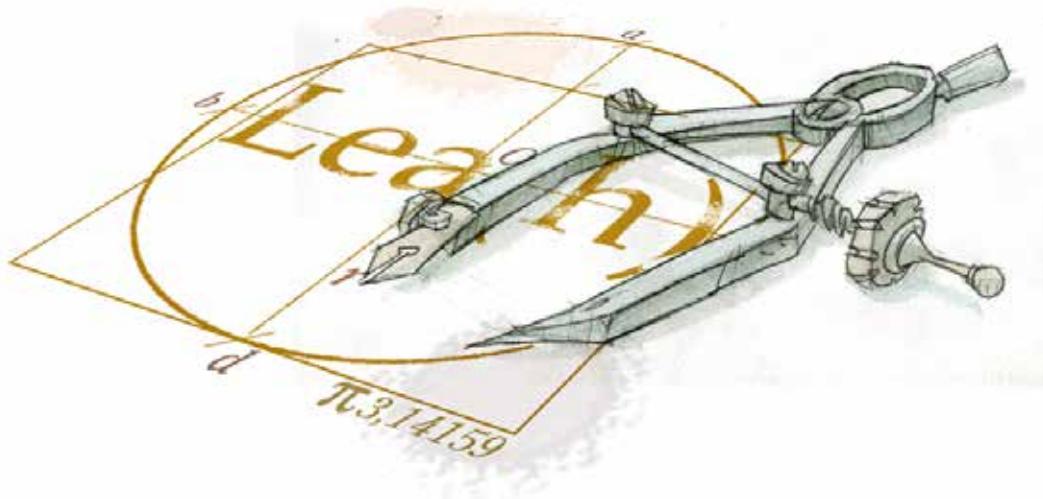
- Sí, es cierto –admitió Esmerada, que no pudo contener una sonrisa-

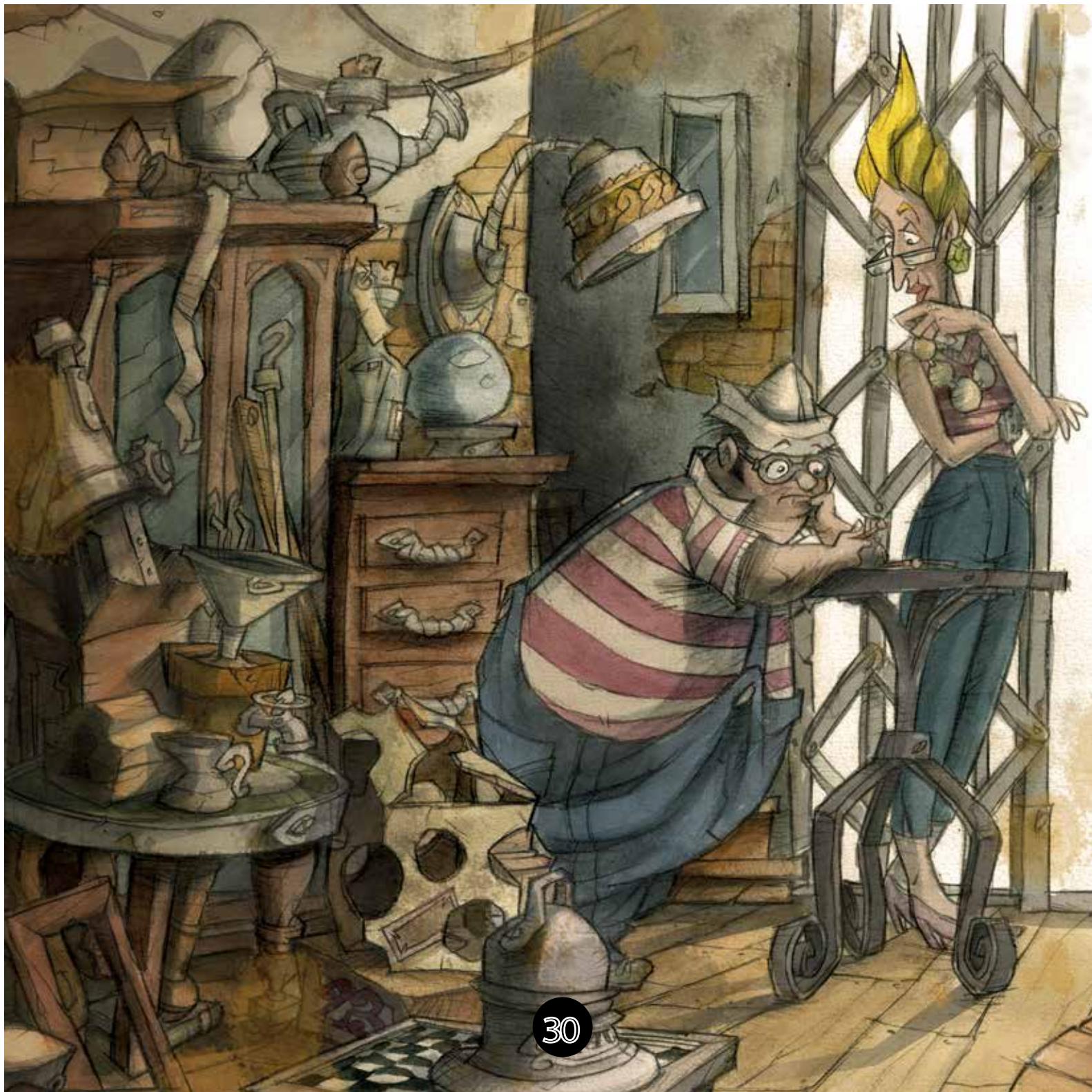
A Leah le costaba trabajo contagiarse de ese entusiasmo por las medias naranjas y, desde luego, no quería regalarle a su padre una de esas palabras tan tristes. Por eso, casi sintió alivio cuando Socarrón miró su reloj y dijo: “Bueno, creo que es hora de irnos”. Aunque le sorprendió ese comentario, no sólo porque no tenía idea de que alguien les esperara en ningún sitio, sino porque no pensaba que en ese extraño mundo pudiera existir algo parecido al tiempo. Aunque, claro -se dijo-, están pasando cosas, por lo que *tiene que haber tiempo*. Si bien por otro lado -volvió a discutirse- también en un libro pasan cosas y en un libro *no hay tiempo*. Aunque sí *hace falta tiempo* para leerlo ... Todo aquello era realmente complicado, así que pensó que lo mejor era despedirse, eso sí, de la forma que parecía adecuada en un local como aquel.

- Gracias y buenas tardes –dijo con la mejor de sus sonrisas.

- Gracias por su visita –le respondió Esmerada con igual cortesía.

Y salieron de allí.





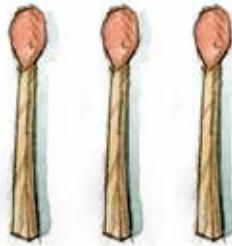
- Bueno, necesitamos desintoxicarnos de tanta perfección, así que vamos a la Chamari-lería –dijo Socarrón señalando la tienda que había justo al lado.

Cuando entraron en el local, a Leah le sorprendió lo desordenado que estaba. Más que una tienda, parece un viejo almacén, pensó. En mitad del caos, distinguió al fondo una pareja que estaba trabajando afanosamente en una de las mesas.

- Son Orondo y Espigada –le explicó Socarrón-. Una pareja muy divertida, ya lo verás. ¡Buenos días! –saludó en voz alta.

La pareja al principio apenas reaccionó, enfrascada como estaba en su tarea.

- Hombre, Socarrón –saludó finalmente Espigada-. Aquí estamos, trabajando en un par de juegos con palillos. Bueno, trabajando sobre todo yo, que Orondo fundamentalmente estorba –aclaró ante la expresión de disgusto de su compañero-. Fíjate en estas tres cerillas, ¿cuántas creéis que hace falta añadir para llegar a tener ocho?



- Cinco, supongo –respondió Leah sorprendida por la sencillez de la pregunta.

- Por supuesto, pero hemos conseguido que sean sólo dos. Y sin tener que romper ninguna.

- Es, tú, estupendo –dijo Orondo-. Mi miedo tenía de que no saliera.

- Pobre Orondo, es tartamudo –le dijo Leah a Socarrón en un susurro.

Socarrón se encogió de hombros y, en el mismo tono de voz, admitió:

- Pues es la primera noticia. No lo era hasta ayer, al menos que yo sepa.

- Pero eso no es nada –prosiguió Espigada-, hemos resuelto un problema mucho más difícil: ¡formar tres cuadrados idénticos con sólo seis cerillas! Sin doblarlas todas, claro, que entonces sería muy fácil.

Tras un rápido cálculo, a Leah no le parecía fácil en absoluto formar tres cuadrados con seis cerillas, ni siquiera doblándolas, así que mucho menos sin poder doblarlas. Y además un comentario de Socarrón terminó de rematarlo.

- Oye, eso que decís tiene mucho mérito. Yo con seis cerillas sólo podría formar *un gran cuadrado* –reconoció con una risotada-. Bueno, voy a ver qué novedades tenéis por ahí.

Mientras Socarrón se perdía por el local, Leah siguió curioseando, pues, donde quiera que miraba, encontraba objetos que jamás había visto y de los que estaba deseando saber su utilidad. Decidió preguntar primero por una extraña moneda que había enmarcada en la pared.



- ¡Qué curiosa moneda! –exclamó.

- Sí, es de la época de Dimas IX –le aclaró Espigada quitándole importancia a ese hecho.

A Leah no le sonaba nada el nombre de ese rey, así que preguntó:

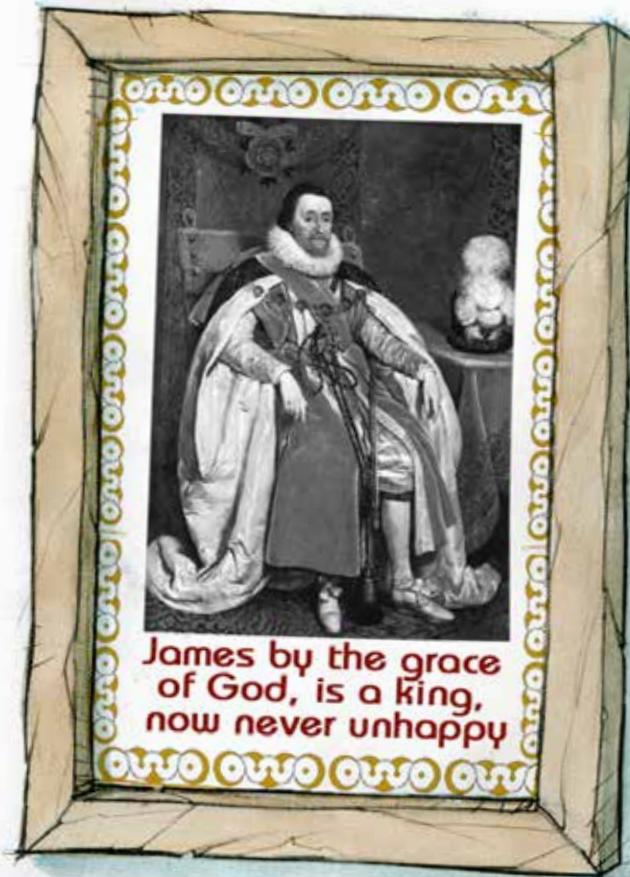
- ¿Y qué época es esa?

- Hija mía, basta comprobar la fecha en que fue coronado rey.

Leah se fijó nuevamente en la moneda pero no halló más inscripción que el propio nombre del monarca. Pensó que la clave estaría en la otra cara de la moneda, pero no

se atrevió a sugerirlo.

- Ojalá fuera tan fácil saber la fecha de este cuadro –prosiguió entretanto Esmerada señalando un lienzo que había junto a la moneda-. Es el rey Jacobo I de Inglaterra, pero no he podido averiguar el año exacto –reconoció Espigada sacudiendo la cabeza. El rótulo del cuadro parece más moderno que la propia imagen. Yo diría que es bastante reciente, de hecho. Quizá esté ahí la clave.



Entretanto, Leah, que seguía hipnotizada por todos los objetos que veía, se acercó a una vieja campana, que con lo oxidada que estaba, no parecía tener ningún valor. Pero, antes de que pudiera tocarla, se le aproximó Orondo.

- Esto es toda una joya.

- Efectivamente –apuntó Espigada-, es nada menos que la Campana de Gauss.

Leah puso gesto de escepticismo.

- Ah, pues a primera vista parece bastante normal.

- Como no podía ser de otra forma –casi le regañó la mujer.

Cerca de la campana había también una vieja placa de metal, apoyada en una de las baldas.

- ¿Y esto? –preguntó Leah.

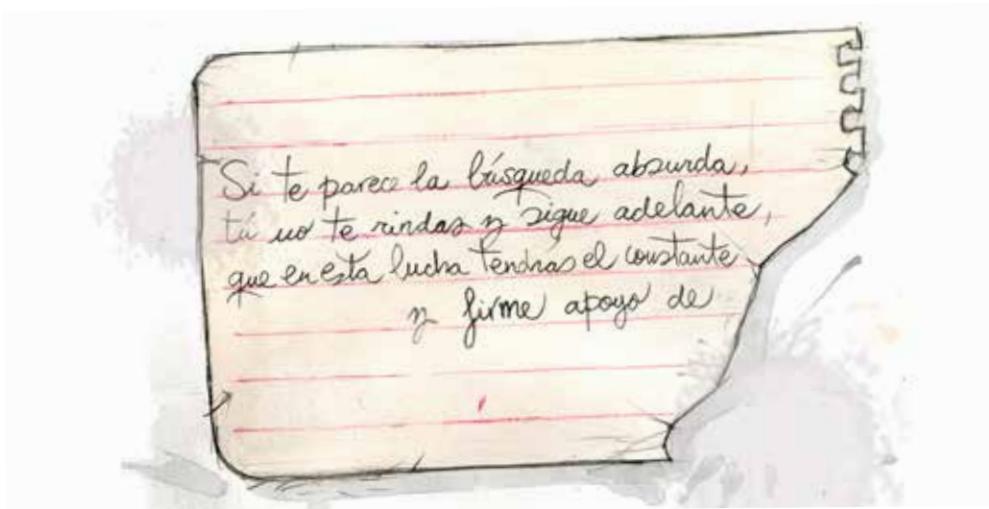


- ¿Tienes que saberlo todo, no? –y sacudió la cabeza con resignación antes de continuar-. Es una placa de la casa donde vivió Darwin.

- Pues tenía que ser una calle extremadamente larga. Los que vivieran allí estarían muy *alejados*, ¿no?

- Bueno, pero todo es cuestión de adaptarse, ya sabes –explicó la mujer no sin cierta desgana.

Leah notó entonces que estaba pisando algo. Levantó el pie y descubrió lo que era: ¡otro papel de la Chica Zurda!



Dobló el papel con cuidado y lo guardó en su bolsillo. Aunque, por supuesto, le intrigaba todo lo relativo a la Chica Zurda, le costaba concentrarse entre aquel revoltijo de cacharros. Por un momento pensó si no sería así la tienda que su madre había propuesto que visitaran juntas, y, al acordarse de ella, no pudo evitar echarla de menos. Hubiera querido que estuviera allí porque seguramente ella sabría qué hacer y cómo desenvolverse en todo ese extraño mundo. Por el contrario, pensó sonriendo que no le hubiera extrañado encontrar a su padre en cualquiera de esas tiendas, reparando él mismo uno de los cachivaches.

- ¿Y estos dos cochecitos? –preguntó todavía medio distraída en sus pensamientos.
  - Son maquetas de coches antiguos –dijo la dependienta señalándolos-. Este es un Peugeot 504 y este otro un Seat 124.
- Leah los cogió y los observó con cuidado.
- ¿Puedo sacarlos de la caja?
- El joven tartamudo la frenó con un gesto.
- Para, para que, no sé, no se choquen es esperar lo mejor.

- Sobre todo no los pongas uno enfrente de otro. Sería muy peligroso a esta hora – añadió la mujer.

- ¿Y qué hora sería buena entonces? –preguntó Leah molesta. No entendía que diferencia podía haber entre una hora y otra.

Espigada consultó su reloj antes de responder.

- Bueno, cuando pasen poco más de tres cuartos de hora del mediodía.

Como si fuera algún tipo de arma peligrosa, Leah decidió que era mejor volver a enfundar aquellos coches en sus cajas.

- Un buen momento para hacer acertijos –propuso Orondo a su compañera-. Uno entre entretenido e ingenioso.

- A ver qué te parece éste. ¿En qué se parece una tortuga a la saga de Star Wars?

Leah trató de pensar la solución pero no se le ocurría nada, así que, al ver una bola de cristal, intentó al menos ser ocurrente.

- Tal vez pueda saberlo consultando la bola de cristal –y la cogió para continuar con la broma.

Pero Espigada enseguida se la quitó de las manos.

- ¡No, ten cuidado! No todos estamos preparados para ver lo que nos depara el futuro.

- No creo que ahí realmente puedas leer algo de mi futuro –repuso Leah con seguridad. Pero Espigada arqueó las cejas con una expresión suficiente y comenzó a escudriñar en la bola de cristal.

- Sí, lo veo. Parece claro. Tendrás una hija. Sí, y se llamará *Elena*.

En ese momento reapareció Socarrón.

- Para eso no hace falta una bola de cristal –se jactó-. Y más bien se llamará *Helena*, con hache.

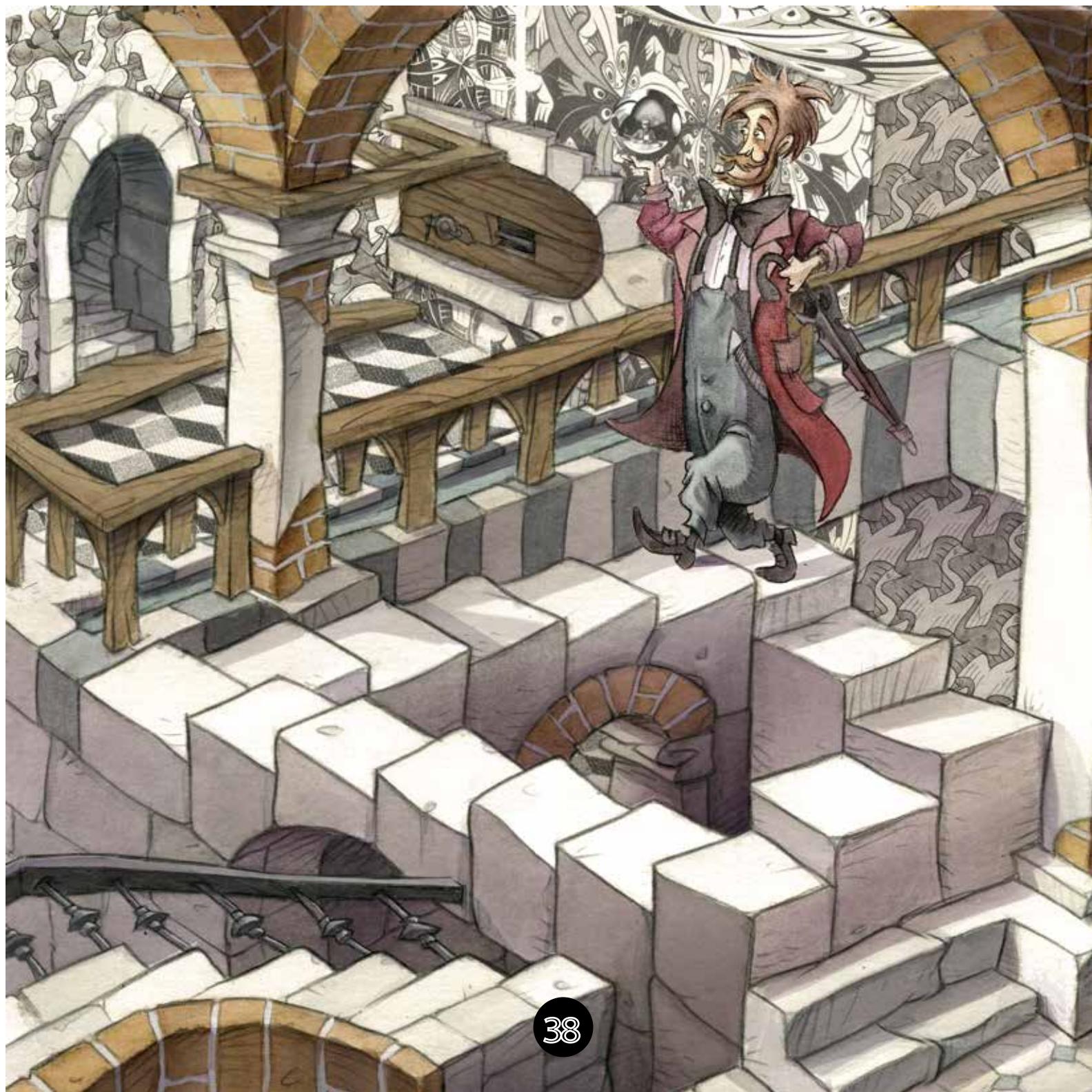
Leah quiso preguntarle a qué se refería, pero la repentina aparición de un animal a pocos metros de donde se encontraban distrajo su atención.

- ¡Es un conejo! –gritó Espigada.

- ¡No, es un papá pato! –repuso Orondo.

Efectivamente, Leah pensó que aquello, según lo miraras, podría ser un conejo o un pato. Como estaba casi segura de que no podía ser *las dos cosas*, decidió seguirle a ver qué era realmente.

- Si ella se ha ido detrás, es que se trata de un conejo –sentenció Socarrón con una risotada.





Leah persiguió al animal hasta que se refugió en otra de las tiendas cercanas, en cuya entrada colgaba un cartel que ponía “El Ilusionario de Monsieur Silbante”. No dudó en seguirle y allí se encontró al pato o conejo, de pie, en el vestíbulo, como si su misión no hubiera sido otra que llevarla hasta allí. Cuando entró, enseguida se fijó en un hombre que estaba en lo alto de una escalinata. Bueno, eso pensó al principio, que estaba *en lo alto*, ya que, si miraba la escalera desde otro punto de vista, parecía que el hombre *acababa de bajar* por ella.

Sea como fuera, el que supuso que sería el tal Monsieur Silbante, pareció contrariado al ver al *patonejo*, que es como Leah finalmente había decidido bautizar a aquel animal.

- Maldita sea, se ha vuelto a escapar. Espera, que bajo.

Leah, pensó que, pudiendo elegir, desde luego *era mejor bajar*. Y así además ella *se ahorra tener que subir*.

Monsieur Silbante, efectivamente, bajó y abrió un cajón del que sacó una zanahoria. Leah pensó que aquello era muy buena idea, más que nada porque no sabía qué demonios era lo que solían comer los patos.

Cuando su dueño le mostró la zanahoria, el conejo se dispuso a comérsela de inmediato, sin que por ello el pato dejara de mirar a Leah, lo que para ella no dejaba de ser extremadamente inquietante. Y además no era solamente el extraño animal, también aquel hombre tan serio comenzaba a mirarla fijamente.

- ¿Y tú quién eres? –le preguntó finalmente.

- Vine con Socarrón –fue lo primero que acertó a responder. Pero, por el ceño fruncido en la expresión de Silbante, comprendió enseguida que no había sido la mejor carta de presentación, así que añadió-. Soy Leah, y busco un regalo para mi padre. Algo que le haga ilusión.

Sorprendentemente, el hombre soltó una breve carcajada. En realidad, pensó ella, era como el inicio de una risa que no terminaba de arrancar. De todas formas el dueño de la tienda, sin mediar palabra, salió de la habitación, así que Leah supuso que debía seguirle. Pero enseguida le llamó la atención un cuadro con un paisaje que había en el pasillo.



- ¡Vaya marco! Es imposible hacerlo peor.
- Querrás decir que *es peor hacerlo imposible* -y de nuevo soltó aquella especie de risa que se calaba.

El dueño del Ilusionario entró entonces en otra habitación, pero antes de que ella le pudiera seguir, la frenó con un gesto.

- Espera aquí –le ordenó.

Leah, por supuesto, obedeció, pero como *observar* no se lo había prohibido, comprobó cómo el dueño de la tienda buscaba algo por toda la estancia. De pronto, cuando se

aproximó a una de las esquinas del fondo, el hombre le pareció *más pequeño*. Hum, debe ser una habitación *realmente grande*, pensó. Pero entonces comprobó que, según se iba acercando a la otra esquina, parecía alto de nuevo, incluso *demasiado alto*.

- Algo me ha debido sentar mal- dijo para sí-, porque me parece que estoy viendo visiones, aunque no recuerdo haber comido nada. De hecho, tengo hambre.

Mientras pensaba en comer, comprobó cómo el hombre se acercaba triunfante con un papel entre las manos, al tiempo que recuperaba su tamaño original. Si es que realmente es ése, pensó. ¿Cómo podría saberlo? ¿Cómo sabré si es que *es así de alto* o es que está *demasiado cerca*?

Monsieur Silbante le mostró la tarjeta que tenía en las manos:



Al ver aquella curiosa imagen, Leah no pudo evitar preguntarse:

- Pobre. ¿Por qué estará llorando? ¿Se habrá perdido?

- Más bien es al revés –respondió Monsieur Silbante-: está *buscando algo*. Toma –dijo tendiéndole la tarjeta a Leah-. Tuya es.

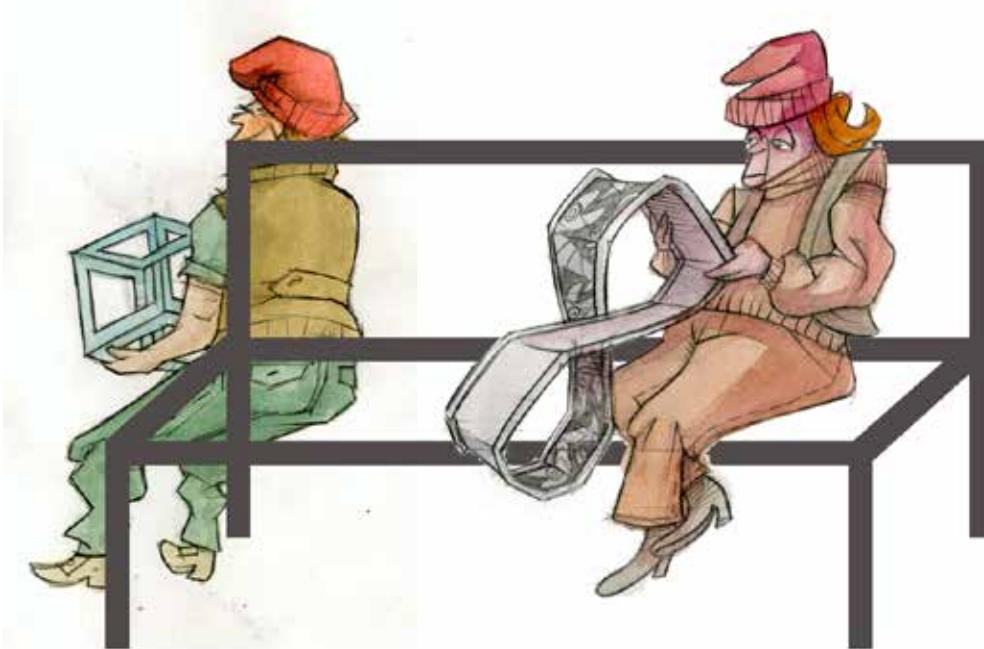
Leah la guardó en su bolsa con la sensación de que entretanto alguien o algo la observaba. Finalmente, se volvió y descubrió a una muñeca que la miraba con los ojos muy abiertos y, lo que era más increíble, no importaba a dónde se moviera Leah, la muñeca la seguía con la mirada.

- Desde que tengo varias de estas nadie me roba –explicó el dueño del Ilusionario-. Ha sido todo un descubrimiento.

- ¿Sí? –se interesó Leah- ¿Y consumen mucho?

- Nada –explicó Monsieur Silbante sonriente-, la energía la ponen los visitantes. En realidad *ellos* hacen todo el gasto.

A Leah no le tranquilizaba mucho la presencia de aquella muñeca. En realidad, todo en el Ilusionario le parecía oscuro y engañoso, por lo que, casi de forma inconsciente, se fue acercando a la salida. Pero, justo antes de salir, se detuvo frente a un sencillo banco



en el que su dueño debía estar trabajando, ya que era poco más que una estructura de madera.

Silbante, al comprobar cómo Leah se fijaba en el banco, se adelantó a una posible pregunta de la chica.

- Ya casi he acabado el banco, pero aún no sé por qué lado tapizar el asiento.

- Bueno –reflexionó Leah-, todo depende de *en qué lado* quiera sentarse.

- En realidad –dijo pensativo Silbante-, querría que uno se pudiera sentar *por los dos lados*.

-Pero... no puede ser. Que dos personas se sentaran a la vez por lados distintos sería *imposible*.

Silbante chasqueó los dedos triunfante.

- ¡Eso es! De esa forma sería absolutamente ¡imposible!

Y en ese momento, el *patonejo*, que había asistido impasible a toda la escena, arrancó a correr de nuevo.

- Qué mala suerte –se lamentó Leah-, siempre que echa a correr tiene que ser *el conejo*.

Y, con un gesto de resignación, salió del Ilusionario siguiendo de nuevo los pasos de aquel doble animal.



Esta vez el *patonejo* parecía correr demasiado rápido, así que, cuando Leah comenzó a perderle de vista, decidió dejar de perseguirle y sentarse en otro de los bancos del paseo, similar a aquel en el que había hallado a Socarrón, a su llegada a... a dónde quiera que estuviera. Porque el caso es que seguía sin saber dónde estaba, cómo había llegado hasta allí y, mucho menos aún, cómo volver a su casa. Todo le resultaba muy extraño. Tal vez era un sueño, pero entonces, ¿cómo era posible que tuviera tanta hambre? Miró al cielo. Parecía un cielo *normal*, aunque juraría que las nubes no se movían *lo suficiente*, aunque, bueno, pensó, las nubes no siempre se mueven *tanto*. Desde luego, debía ser cerca de mediodía, de ahí las protestas de su estómago. Decidió que era el momento de buscar comida. En un sitio así algo tenía que haber, aunque era consciente de que no sería una comida *muy normal*.

Se acordó de su padre. Sin duda, habría disfrutado de un lugar semejante. Y también a ella le hubiera gustado que lo recorrieran juntos, no sólo por tener a alguien con quien compartir tantos descubrimientos, sino porque últimamente ya no tenían tantas ocasiones de compartir cosas. Aún se llevaban bien, pero, según iban pasando los años, Leah pasaba más tiempo con sus amigos y menos con su familia. Pero no por eso dejaba de acordarse de su padre en ese extraño ambiente que, al mismo tiempo, parecía tan propio de él.

De pronto un ruido la despertó de sus pensamientos. Se volvió y vio cómo un hombre de rasgos orientales preparaba una especie de puesto ambulante. Se acercó a él y enseguida el hombre la saludó con una amplia sonrisa.

- Tú buscas al conejo, ¿verdad? -Leah asintió-. Yo traté de coger, pero escapar. Muy bueno el pelo de conejo para pincel. Éste muy bueno -dijo mostrando su propio pincel-, pelo de recién nacido. Pero ya viejo.

Lo del pelo de recién nacido a Leah le resultó un tanto inquietante, sobre todo que un pelo de recién nacido pudiera estar *viejo*, pero enseguida se sintió atraída por todo lo que aquel hombre estaba preparando. Había un montón de pergaminos llenos

de signos que no podía entender, pero que debían ser caracteres chinos o de un idioma parecido.

- ¿Tú quieres tu propio nombre en chino? –le preguntó a Leah.

Leah asintió.

- ¿Cómo te llamas tú?

- Leah.

- Ah -dijo sonriente- ¿Leah con hache, verdad?

- ¡Sí! –confirmó ella ilusionada.

Pero el hombre negó con la cabeza.

- Lástima que no hache china, yo no puedo dibujar esa hache –y ante la cara de desilusión de Leah, prosiguió-. No, tú no triste. Coge sobre de la suerte y sabrás cómo será tu próximo futuro. Yo mientras pintaré a ti tu nombre. ¿Sí?

Le mostró un pequeño saco lleno de sobres y Leah eligió uno de ellos. Al abrirlo, leyó unos caracteres que le mostró a su anfitrión.



- Oh, sí, fantástico. Yo sabía que tú triunfar seguro. No todos los sobres son buenos, no. Pero yo sabía que tú tener suerte. Bueno, bueno –prosiguió mientras parecía dar los últimos trazos al nombre de Leah-. Aquí está, sí.



Le tendió el papel a Leah, que lo admiró con detenimiento. Estaba dibujado en un bonito pergamino, por lo que tenía un cierto aspecto mágico.

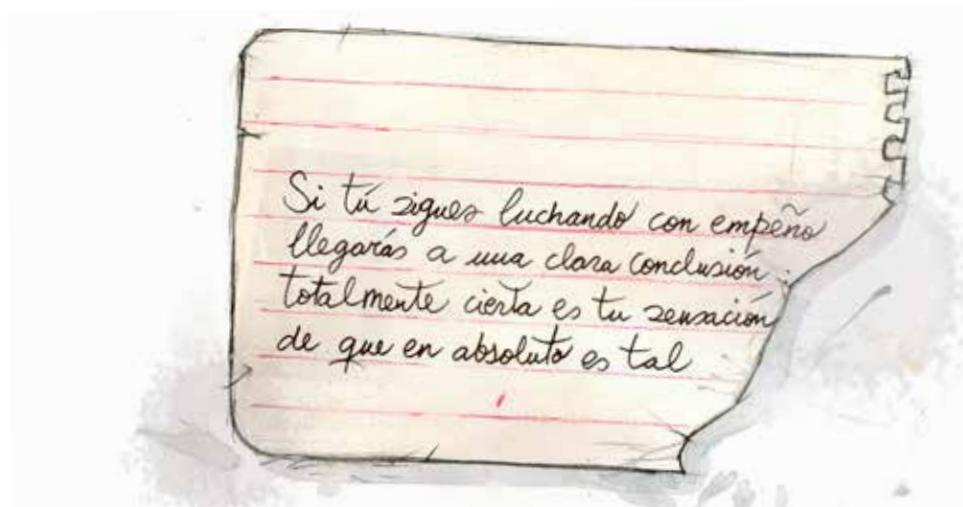
- Me gusta mucho, de verdad –admitió Leah-. Gracias. Aunque no tengo dinero para pagarle –se encogió de hombros.

- Ya, yo sé. Y sin tener que sacar sobre –dijo riendo-. Tú guarda y mucha suerte.

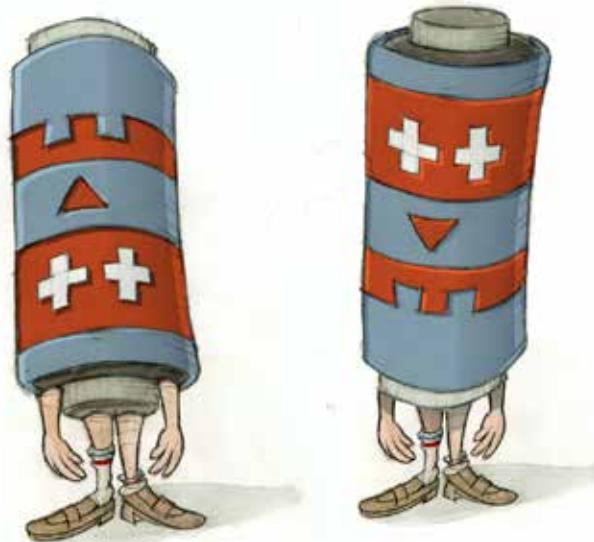
Así lo hizo y se despidió del amable vendedor con una pequeña reverencia. Cuando el hombre, sonriendo, le correspondió con un ligero movimiento de cabeza, Leah se alejó de allí.

No sabía muy bien dónde ir en ese momento. No le hubiera importado nada encontrarse con Socarrón que, sin ser un gran anfitrión, era lo más parecido a un amigo que tenía allí. Decidió aproximarse a lo que parecía la plaza más importante de aquel lugar, presidida por una gran fuente. Si había alguien con quien pudiera hablar, parecía probable que pudiera estar allí. Y, en cualquier caso, ya se sabe, se dijo sonriendo: si quieres información, *acude a las fuentes*.

Caminando hacia allí encontró otro de los papeles incompletos que ya le resultaban tan familiares. Se dispuso a guardarlo con la naturalidad de una experta coleccionista, no sin antes, por supuesto, revisarlo con mucho cuidado.



Mientras leía el papel no había dejado de escuchar algo parecido al zumbido de una máquina funcionando. Miró a su alrededor y descubrió una especie de caseta, similar a esas en las que pone “Peligro de alta tensión”, sólo que en este caso el letrero decía: “*Por favor, pulse para abrir*”. Leah siempre que podía procuraba obedecer, así que pulsó el único botón que encontró. Al hacerlo, se descorrió la puerta dejando a la vista dos grandes pilas. Para su sorpresa, las dos se desconectaron, salieron de su compartimento y comenzaron a desperezarse.



El que parecía *más positivo* se presentó.

- Yo soy Erno y este es Alt –aclaró señalando a su compañero.
  - No teníamos que haber salido tan pronto –protestó Alt-. Creo que no estoy lo bastante recargado.
  - Podrías añadirte unos cables de color chillón. Eso sin duda *ayudaría* –propuso Erno.
  - ¿No estabais muy estrechos ahí dentro? –intervino Leah.
  - No, ¿por qué? ¿Cómo es tu cuarto? –preguntó Alt con cierta ansiedad- ¿Es más grande? Leah se encogió de hombros.
  - No está mal, pero tengo que compartirlo con mi hermana.
  - Podríamos ir nosotros y así tendrías derecho a *tu propio cuarto* –propuso Erno. Leah no entendió bien qué quería decir con eso, pero ya resultaba bastante extraño hablar con dos pilas como para encima tener que pedirles explicaciones.
  - Tengo hambre –pensó en voz alta.
  - Necesitas... -aventuró Alt-. ¿Cómo se dice?
  - Comer.
  - Eso es, que es como cargarse para nosotros, ¿no? Hay un sitio donde puedes hacerlo.
  - ¿Está lejos?
  - No –respondió Erno-. ¿Recuerdas cuántos pasos hay que dar para ir de Oeste a Norte? Leah reflexionó unos instantes antes de contestar.
  - Eso depende, supongo.
  - No depende de nada. Son *exactamente tres*. Y no debes recorrer muchos más para llegar hasta allí.
- Tenía demasiada hambre como para discutir, así que dio los tres pasos que le había dicho Erno y, para su sorpresa, se encontró ante un establecimiento, en lo alto de cuya fachada podía leerse claramente: “Restaurante”.

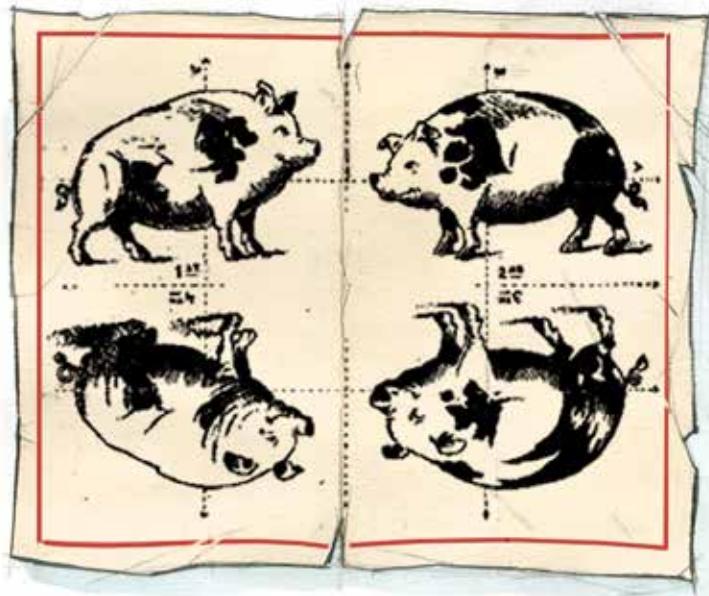


En realidad más que un restaurante, era un simple puesto de comidas formado por un mostrador y unas pocas mesas, que además en ese momento estaban vacías. Se acercó a la barra para ver si alguien la atendía y, mientras esperaba, se fijó en un viejo cartel que había junto al mostrador:



Mientras le daba vueltas a su significado, apareció una señora con delantal, por lo que Leah imaginó que sería la dueña del establecimiento.

- ¡Hola, muchacha! ¿Vienes a comer?
- Sí –admitió Leah encogiendo los hombros-. Pero no tengo dinero.
- No te preocupes, no hay nada más triste que un comedor sin comensales. Bueno –añadió tras reflexionar un instante-, tal vez un comedor lleno de comensales pero *sin comida*.
- Eso sin duda sería más triste –convino Leah.
- ¡Sin duda! Pero aquí lo tenemos todo. Comedor, comida, comensales... Siéntate, tengo una mesa preparada para seis.
- Pero sólo somos tres. Y dos son pilas...
- De momento, chica, de momento. De todas formas, no hay que contar a la ligera. ¿Cuántos cerdos hay aquí? –dijo señalando un salvamantel que había en una de las mesas.
- Cuatro, claro.



- ¿Ves como contar no es tan fácil? Porque, desde luego, cuatro *no* es la respuesta correcta.

En ese momento a Leah le sorprendió escuchar la voz de Socarrón.

- ¡Posadera! Vengan unos taquitos de queso, de ese que tanto le pedía Holmes a Watson. Leah se alegró de volver a ver a Socarrón. Y no es que le cayeran mal Alt y Erno, aunque pensó que podría ser un problema que *le cayeran bien*, pues parecían *más bien pesados*.

- ¿Qué tal, chica? ¿Has encontrado algo?

Leah le enseñó su nombre en chino así como su sobre de la suerte. También le contó su persecución detrás del conejo, su llegada al Ilusionario y todo lo que había visto allí.

- O sea que no has encontrado mucho.

Leah sacudió la cabeza.

- Pero sé que *al final* lo encontraré –dijo con la sonrisa de la niña que se sabe la lección.

- Ja, ja –rió Socarrón de buena gana-. Veo que vas aprendiendo –se volvió a la posadera, que venía con el plato de queso- Gracias, guapa.

La dueña del restaurante se volvió hacia las pilas.

- ¿Y vosotros, chicos? ¿No queréis cargaros? –les preguntó.

Las dos pilas no asintieron, por supuesto, pero se pusieron muy contentas. La posadera les abrió una puerta y Leah vio cómo se colocaban en su interior y enseguida un piloto rojo comenzaba a parpadear. En ese momento llegaron el Palabrero y Separato y, casi al mismo tiempo, Esmerada y Monsieur Silbante. Ante semejante confusión, Socarrón propuso:

- Que nos coloque Silbante. Seguro que sabe cómo hacer que todos encajemos perfectamente.

Y efectivamente, no sin cierto esfuerzo, Silbante consiguió que todos los comensales encontraran su sitio en la mesa.

- Este hombre es capaz de mezclar ángeles y demonios, el día y la noche, lo que quiera –se admiró el Palabrero.

El aludido se encogió de hombros, aparentemente más pendiente de la ruta que seguían unas hormigas sobre la mesa que de la propia conversación. Aunque, cuando de pronto notó que Leah se levantaba, la miró con reprobación.

- Sólo voy a lavarme las manos –dijo Leah, sintiéndose obligada a disculparse.

Buscando la puerta de los servicios, reparó en los cuadros que adornaban las paredes del local.

- Bonito bodegón –reconoció ante la posadera.

- ¡Pues sí! No podías haberlo definido mejor. Eso es lo que era. ¡Un bodegón! Y ojalá hubiera podido colgarlo como colgué este cuadro.



Leah comprendió que había tocado un tema delicado, así que pensó que sería más prudente desviar la conversación hacia otro de los cuadros.

- Ahí falta el lienzo, ¿no? –preguntó señalando un marco que aparentemente no contenía *nada*.

- No, mi niña. Es nada menos que “Un cuchillo sin hoja cuyo mango se ha perdido” de Lichtenberg.

- Ah –admitió Leah y, tras una pausa, volvió a preguntar-. ¿Y pagó usted mucho por él?

- Oh, no me gusta mencionar el precio cuando se habla de arte. Pero, ya sabes –dijo quitándole importancia con un gesto de la mano-, les hubiera firmado un cheque en blanco. Esa extraña galería de arte, la completaba, en un extremo, lo que parecía el retrato de un cocinero.



- ¿Trabajó aquí? –preguntó Leah.

- Ay, sí –suspiró la posadera -. Un gran chef, pero como persona era desconcertante. Cuando parecía estar más a gusto, daba media vuelta y se volvía absolutamente inexpresivo. Y a mí me hacía gracia, no creas, pero es muy difícil convivir con alguien así.

- Ya. Bueno, voy a lavarme las manos.

Cuando volvió a la mesa, todos hablaban formando un gran revuelo, tanto que Socarrón tuvo que poner orden para que la posadera pudiera leer el menú.

- Un poco de tranquilidad, señores, que hasta el pan está blando –y cuando consiguió que hubiera silencio, cedió la palabra a la posadera-. A ver qué tenemos hoy para comer.

- Gracias, Socarrón. A ver, está la opción del menú *participado*: medias noches y un cuarto de pollo, acompañado todo de un tercio de cerveza.

- No sé si tengo tanta hambre –reconoció Esmerada.

- Entonces es probable que prefieras las martingalas de pescado con agua de azar y dados de queso.

- Hum, no sé –dudó el Palabrero-. Suena bien, pero no quiero arriesgar. ¿Tienes algo de carne?

- Tenemos un rico conejo a la Fibonacci.

- Ah, estupendo –dijo el Palabrero-. Me apunto.

- Yo también –dijo Socarrón.

- También para mí –pidió Silbante.

- Vale –tomó nota la posadera-. Tres de conejo.

- Yo también quería –dijo tímidamente Separato.

Todos hicieron de pronto un gesto de disgusto.

- Separato, chico –le regañó su jefe sacudiendo la cabeza-, sabes que no puede ser.

- ¿Por qué? –preguntó Leah-. Yo también quería conejo, pero si no hay...

Y esta vez todos los comensales sonrieron.

- Estupendo chica –celebró Socarrón-. Serán cinco de conejo. ¿Y tú, Esmerada, guapa?

- Ya le he dicho que no se dirija a mí de esa manera –y se dirigió a la posadera-. Quería... -y todos se echaron hacia adelante expectantes- ...el pescado, gracias.

Respuesta que provocó un suspiro general de alivio.

- Tenemos tiempo antes de que venga la comida–dijo el Palabrero cuando la dueña del restaurante se fue con el pedido-. ¿Qué tal si contamos unas historias?

- No sé si tenemos tanto tiempo–repuso Esmerada.

- Que sean entonces unos microrrelatos –terció Socarrón.
- ¿Qué es un microrrelato? –preguntó Leah.
- Pues por ejemplo:

*Cuando el dinosaurio despertó, el escritor ya no estaba allí.*

Aunque Leah recordaba aquello *de otra manera*, al menos entendió a qué se estaban refiriendo con aquello de los microrrelatos.

- A nosotros nos enseñaron uno en clase. A ver si recuerdo... Era algo así como:

*Se venden zapatos de bebé. Sin usar.*

- ¡Ah, sí! ¡Un gran cuento de Hemingway! –admitió Socarrón.
- Es difícil generar una emoción semejante con tan pocas palabras –se admiró Esmerada.
- No creas, los hay más breves como “El emigrante” de Luis Felipe G. Lomelí:

*- ¿Olvida usted algo?*

*- ¡Ojalá!*

- Sí, pero si le sumamos las palabras del título, ya es más largo –repuso el Palabrero-. Hay grandes microcuentos con largos títulos. Incluso hay cuentos que sólo tienen título. Yo tengo uno que se llama “El título lo es todo”.

- Lo realmente interesante –intervino de pronto Silbante- sería encontrar el microrrelato más largo.

Se produjo un intenso silencio que rompió finalmente Socarrón.

- Dios mío, Silbante, siempre nos deja usted perplejos. Bueno –continuó sonriendo al ver llegar a la posadera-, menos mal que aquí está la comida.

Cuando Leah tuvo su plato delante se preguntó con cierta aprensión si no estaría comiéndose al pato-conejo. Hombre, pensó, en ese caso me sabría también *un poco a pato*, supongo. Socarrón no parecía tampoco muy convencido, pues comentó:

- Dios mío, se le ha ido un poco la mano con este conejo.

- Sí –admitió el Palabrero-. Alguien le dijo “Qué mala carne”. Y se lo tomó en serio.

En ese momento se escuchó una especie de pitido y Leah comprobó que el piloto del cargador de las pilas había pasado del rojo al verde. Enseguida, Alt y Erno se levantaron y, como con energías renovadas, éste le dijo al primero:

- ¡Vamos!

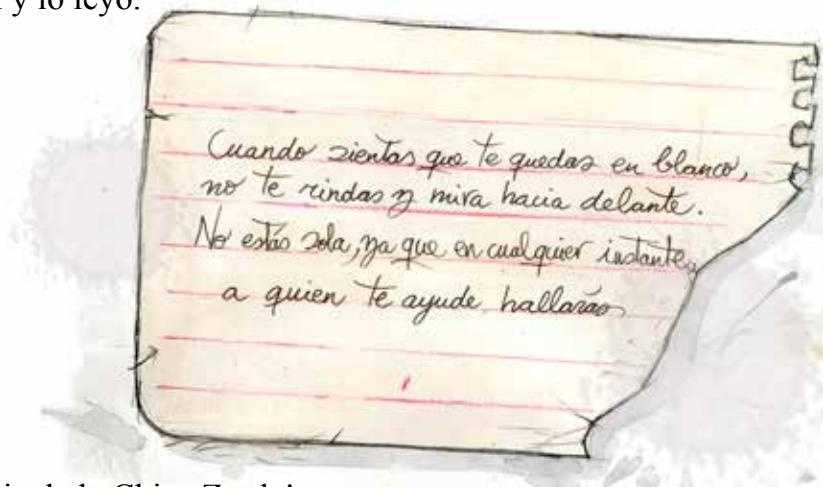
- ¿Dónde vais? –les preguntó Leah, que estaba deseando encontrar un motivo para no comerse ese conejo.

- Vamos a la tienda de máquinas –le respondió Erno.

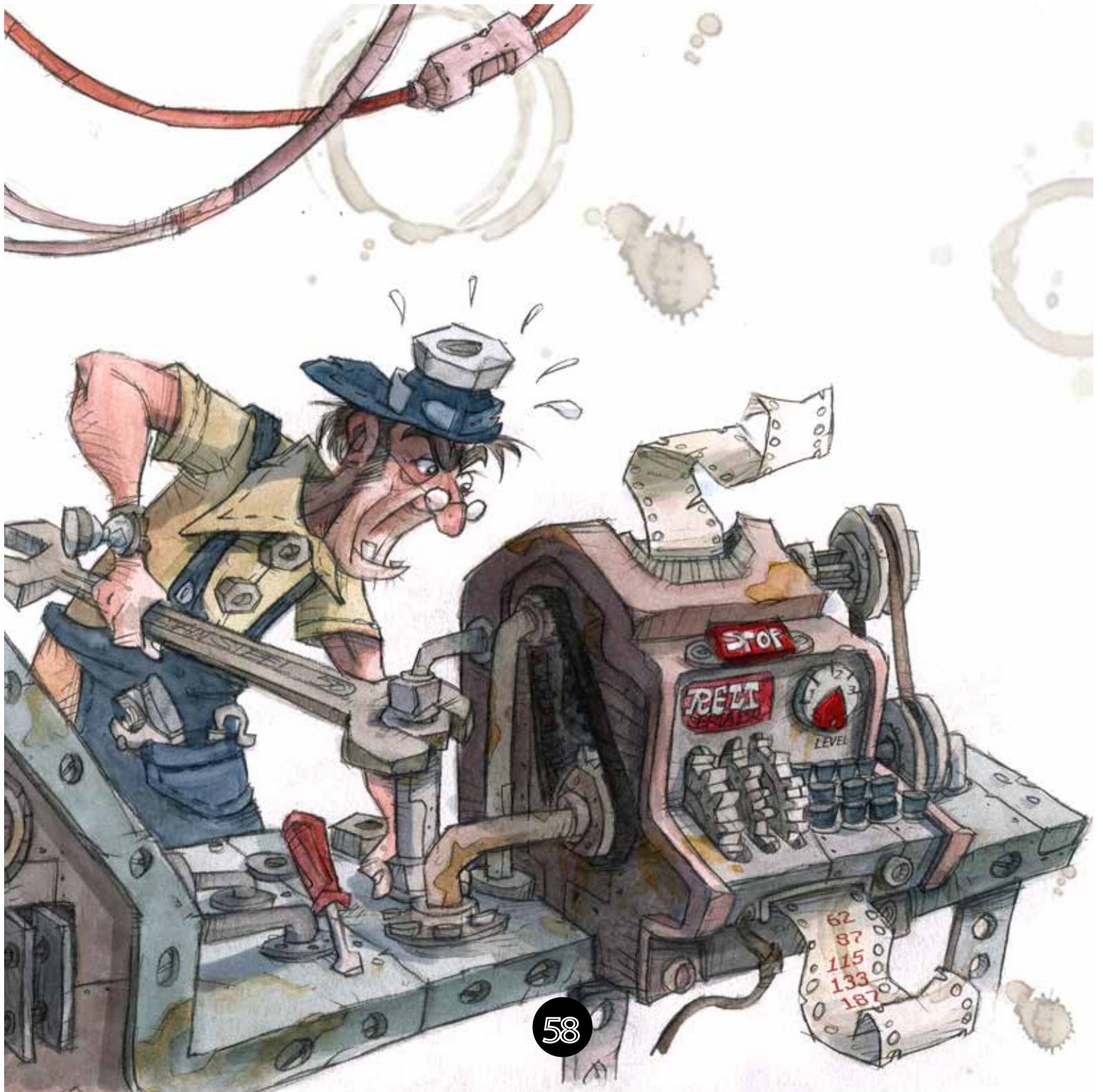
- ¡Voy con vosotros! –dijo levantándose.

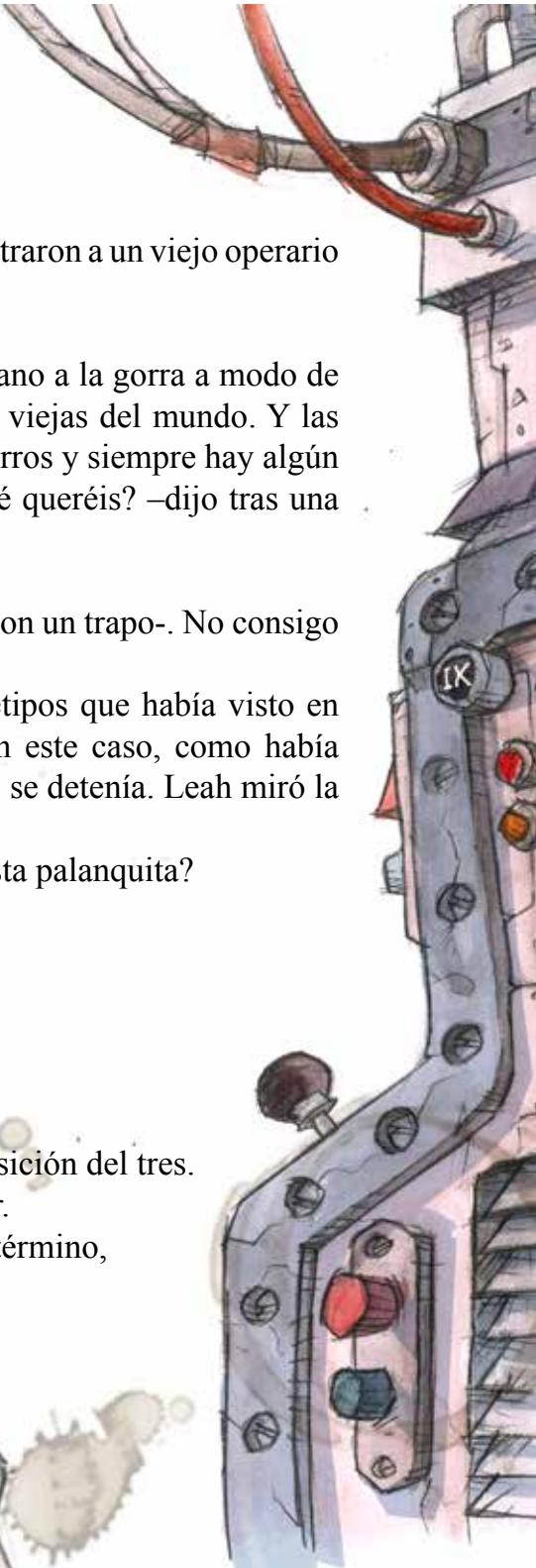
- Vale, pero al menos recoge tu servilleta, no la dejes ahí tirada en el suelo.

Leah siguió la mirada de Erno y comprobó que aquello no era una servilleta, así que recogió el papel y lo leyó.



¡Era otro mensaje de la Chica Zurda!





Cuando Leah y las pilas llegaron a la tienda de máquinas encontraron a un viejo operario trabajando.

- ¿Qué pasa, Jefe? –le saludó Erno.

- ¡Hombre, Alt y Erno! Y la compañía –dijo, llevándose la mano a la gorra a modo de saludo a Leah-. Ya veis, mucho lío, tengo las máquinas más viejas del mundo. Y las más complicadas. Mira que he pasado horas entre estos cacharros y siempre hay algún problema nuevo que no soy capaz de resolver... En fin, ¿qué queréis? –dijo tras una pausa- ¿echar un vistazo?

- Sí, por favor –aceptó Alt.

- Estaba arreglando el *Seriador* –dijo limpiándose las manos con un trapo-. No consigo que pase del quinto término. Mirad.

Señaló una máquina que a Leah le recordó uno de esos teletipos que había visto en las películas y que no paraban de escupir datos. Aunque en este caso, como había asegurado su dueño, la serie, tras aparecer las primeras cifras, se detenía. Leah miró la ristra de números y los leyó en voz alta.

- Hum, es verdad que se para –admitió Alt.- ¿Para qué sirve esta palanquita?



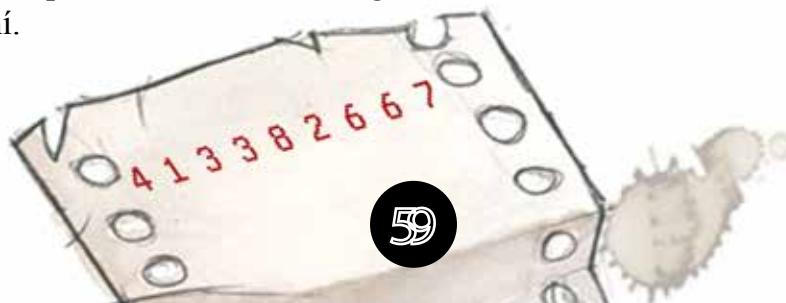
- Es el nivel de dificultad. Ahora está en el dos.

- A ver –dijo Erno, ponlo al máximo.

El operario se encogió de hombros y puso la palanca en la posición del tres.

Después apretó el botón y el papel continuo comenzó a brotar.

- Bueno –admitió el operario-, esta vez ha llegado al noveno término, pero no pasa de ahí.



- Normalmente -continuó-, no deja de ofrecer números hasta que uno decide apretar el botón de stop. Y es una máquina fiable, una *RELT*, como casi todas las de aquí.

Alt y Erno se aplicaron al estudio del papel, como si fuera el encefalograma de un enfermo al que tuvieran que salvar la vida.

- Hum, creo que habría que darle una buena vuelta antes de llegar a la raíz del problema –dijo Erno.

- Sí, es cierto –admitió Alt-, pero no creo que sea ahora sea el momento. Anda, Leah, vamos a ver el *Palindromax*.

- Sí –aceptó el operario-, no perdamos más tiempo en esto, que esta chica ha venido aquí a ver las máquinas. Así que –prosiguió acercándose a una especie de ordenador - vamos a sacarte un palíndromo. Espera, que tecleo tu nombre.

Tardó unos segundos, pero finalmente salió una tarjeta con un texto.



- Muy ingenioso –admitió Leah, algo molesta-, sólo que me llamo Leah.

- Ah, perdona. Espera, que ahora lo escribo bien.

El operario tecleó el nuevo texto.



- Es muy profundo, de verdad, pero es que es Leah, con h.

- Déjame a mí, anda –intervino Erno.

La pila tecleó las letras correspondientes y la máquina empezó a trabajar.

- Parece que le cuesta.

- Es la maldita h –aventuró resignada Leah-. Siempre me pasa lo mismo.



Tras varios movimientos bruscos, durante los que la máquina pareció estar a punto de explotar, finalmente salió la tarjeta.



Ha elaborado su té. Tú soda roba, Leah.

- ¡Vaya, éste sí que es bueno! –admitió Leah.
  - ¡Ah, cara vivaracha! ¿Ves como tienes que querer más a tu letra hache? –le reprendió Erno.
  - No sé qué más podemos poner... -reflexionó Alt en voz alta.
  - Bueno, si no se os ocurre nada –propuso el operario-, tiene aquí un botón que genera un palíndromo aleatorio.
- Efectivamente, apretó un botón que había en un lateral del *Palindromax* y enseguida salió otra tarjeta.



Átale, demoníaco Caín, o me delata  
Julio Cortazar

- Y pone que es de Julio Cortázar -aclaró Erno-. Venga, vamos a sacar otro.



Los anagramas amargan a sol.  
González de León

- Este es de González de León –les informó Alt al leerlo.
  - Pero, ¿qué son los anagramas? –se preguntó Leah.
  - Glosa en arranque pasmoso, por supuesto –dijo Erno con una carcajada.
- A Leah no le gustó nada que Erno no le explicara bien qué era eso del anagrama. Alt notó su cara de disgusto, así que propuso:



- Bueno, tenemos también una máquina que hace eso, ¿verdad, jefe?

- Claro, venid por aquí.

Se acercaron a una máquina muy similar a un bombo de los que se utilizan para los sorteos. A su lado había varias tablas repletas de bolas con letras escritas.

- Mira, voy a formar con las bolas de letras una frase. Por ejemplo: “Leah quiere conocer”. Ahora basta meter todas las letras en el bombo y apretar el botón.

El bombo comenzó a girar a gran velocidad hasta que, poco a poco, como una lavadora al final de su programa, fue frenando su marcha hasta detenerse. A continuación devolvió las bolas en una ordenada fila.

- Esto... “Qué real recochineo”.

Leah se cruzó de brazos, realmente enfadada.

- O sea –protestó-, que esto de los anagramas es como una manera de poder reírse de mí, ¿no?

- No te enfades, mujer –la tranquilizó Erno-, es un juego. Por ejemplo, Alt se enfadó mucho conmigo cuando le llevé a comer al restaurante “El Atún Dispuesto”.

- Sí, pero ya sabes por qué... –protestó el aludido de mala gana.

- Bueno, sea como sea, he tenido bastante de esto de los anagramas –sentenció Leah.

Se acercó entonces a una especie de escritorio. En la parte inferior tenía un teclado y el resto era una superficie donde un brazo mecánico parecía preparado para dibujar.

- Es el *Ambigramador* –aclaró el operario-. Escribes un nombre y dibuja su ambigrama.

- Pero, ¿qué es un ambigrama? –preguntó Leah, a la que tanta novedad comenzaba a hastiar.

- Un rótulo de una palabra que se lee con dificultad pero que queda bonito –explicó Alt con cierto aire de escepticismo.

- No hagas caso –replicó Erno-, es una forma de escribir una palabra que consigue que, aunque la gires o le des la vuelta, permanezca igual.

Ante el rostro de incompreensión de Leah, el operario tecleó el nombre de Lea y el brazo comenzó a dibujar.



Efectivamente, a Leah le pareció eso, su nombre, como no podía ser de otra forma sin la hache, y escrito de una manera extraña pero elegante.

Erno le tendió el papel.

- Mira, ahora dale la vuelta.

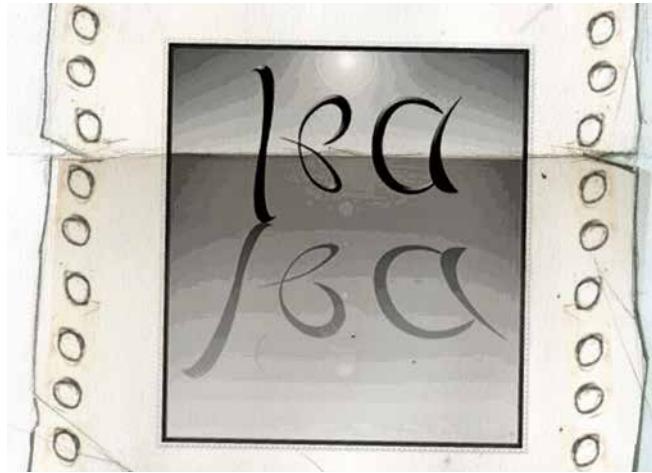
Leah lo hizo. ¡Se leía igual!

- Mira –señaló el operario- ¡está saliendo otro!

Leah cogió el papel, que aún estaba caliente, y lo giró. Ocurría lo mismo.



- Espera, que voy a cambiar el programa –dijo el operario.  
Movi6 una palanca y volvi6 a teclear.



Esta vez no era necesario darle la vuelta al papel, sino que en el propio reflejo se pod6a leer perfectamente su nombre. ¡Aquello parec6a m6gico!

- ¡Son geniales! –reconoci6 Leah.

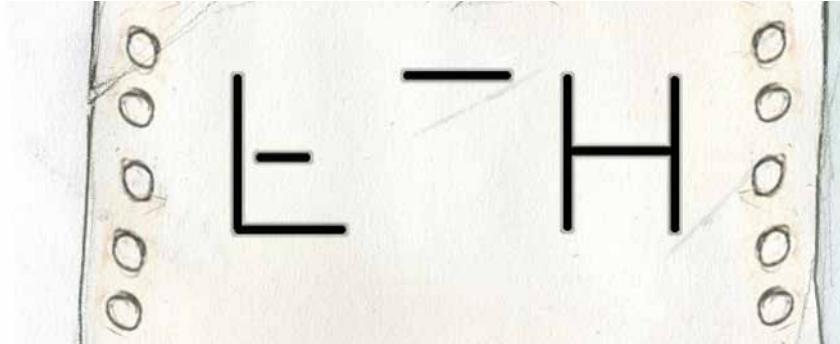
- Pues s6, salvo que tu nombre acaba en hache, ¿no? –señal6 Erno casi en tono de disculpa.

Leah se encogió de hombros.

- Bueno, estoy acostumbrada –admitió con resignaci6n.

- Espera –dijo Erno-, vamos a poner tu verdadero nombre.

Como hab6a prometido, la pila tecle6 el nombre completo. El brazo arranc6 pero enseguida se detuvo y Leah pens6 que, si hubiera tenido cabeza, se hubiera rascado pensativo. Finalmente, tras varios segundos de espera, que a todos parecieron eternos, el brazo comenz6 a dibujar trazos con firmeza.



Leah, que había asistido con gran expectación al trazado, suspiró de decepción al ver el resultado.

- ¿Lo ves? No sale bien. Eso sí –dijo con absoluto fastidio-, la H está ahí, perfecta.

- ¡Qué raro! –exclamó el operario- Es la primera vez que ocurre esto. Déjame ver –observó con detenimiento la palanca antes de exclamar-. Ya está, es que se había quedado a medias entre dos programas.

- Da igual. Ya he tenido suficiente por hoy –y esbozó una sonrisa antes de añadir-. Muchas gracias, tiene usted unas máquinas estupendas.

- Gracias, muchacha. Siento que hoy no hayan funcionado todo lo bien que deberían.

- No se preocupe –le tranquilizó Erno-, hasta la mejor máquina hace una mancha de vez en cuando. Venga, vámonos.

Y salieron del local.



Al salir de la tienda de máquinas, Leah sintió que necesitaba descansar, así que propuso a las pilas que se sentaran a descansar un rato en un banco.

- Estoy cansada –reconoció-. Esto de buscar regalos es agotador. ¡Y lo peor es que aún no he encontrado nada!

- Hombre, no digas eso –protestó Erno-, nos has encontrado a nosotros.

Leah miró a ambos lados a las pilas que le acompañaban y pensó que era rigurosamente cierto que *había encontrado cosas*, pero también lo era que no había encontrado *lo que quería encontrar* que, para colmo, aún no sabía muy bien *qué podía ser*. De todas formas, se dijo, aunque sea extraño, esto en el fondo es un viaje, y en los viajes siempre pasa eso, que uno termina agotado y necesita tiempo para darse cuenta de la cantidad de cosas que ha vivido. Así que supuso que debía animarse, tener paciencia y dejar que los propios acontecimientos le mostraran el camino.

- ¿Ya has estado en el Numeramen? –le preguntó Erno como si hubiera escuchado sus pensamientos-. Te aseguro que no encontrarás otra tienda de números igual. ¡Venga, vayamos a verla!

La verdad es que no tenía muchas ganas de ver más tiendas, pero, como había decidido continuar, finalmente les siguió al Numeramen. Cuando entraron, un nervioso dependiente les dio la bienvenida. Bueno, más que un dependiente parecía una especie de sabio despistado, con su bata blanca y ese montón de pizarras llenas de operaciones que parecían estar por todas partes.

- ¡Hola, chicos! – les saludó-. ¡Fantástico, hoy sois tres! Ya sabéis que los griegos consideraban que el dos casi no era ni un número. Y es que tiene un principio y un final pero nada en medio... ¡Y además una señorita! –continuó sin dar tiempo a la respuesta-. Hum, un poco desconcertante ya que el 3 es un número sin duda masculino...

Mientras hablaba, se mesaba la barba con tanta intensidad que a Leah le parecía que arrancaba de allí las ideas.

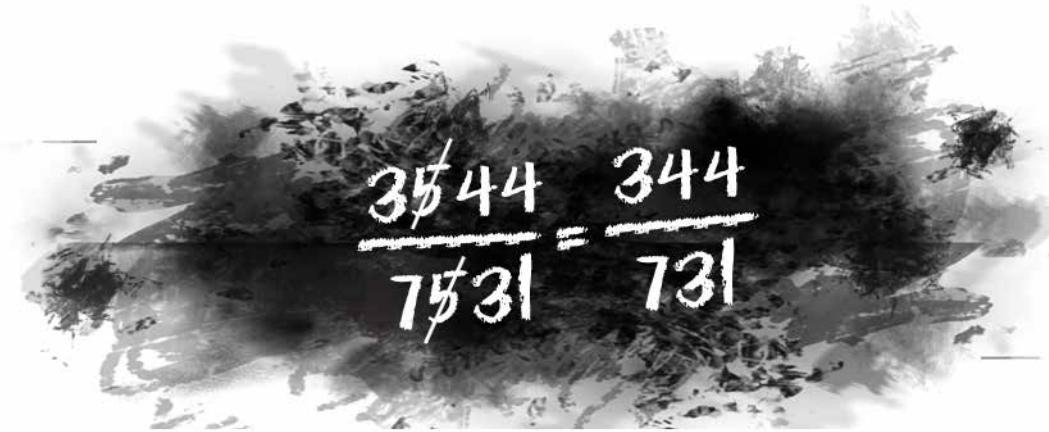
- Bueno. ¿Y tú te llamas...? –le preguntó.



- Leah. Acabado en hache –respondió ella tímidamente.
- ¡Leah, fantástico! Te pareces a un primo al que no veo desde hace tiempo. A ver, date la vuelta... Sí, sin duda, eres clavadita. Aunque, por otro lado, supongo que tu número es el 1080, ¿verdad?
- En realidad, es el 8 –respondió Leah, refiriéndose a su número favorito.
- ¡Imposible! Bueno, ¡espera! –dijo corriendo a escribir a una de las mesas-, no nos precipitemos... Eso es –continuó satisfecho después de garabatear unos cuantos trazos-, si hubieras dicho que *es la 8*, hubiera valido.
- Su padre también es matemático –intervino Alt-. Y está buscando un regalo para él. Sí, pero mi padre es muy diferente, pensó Leah aliviada. No quería imaginar lo que sería vivir bajo el mismo techo con un hombre como aquel, corriendo y escribiendo locos números por toda la casa.
- ¡Genial! ¡Así que un colega! –exclamó el matemático-. Vaya, pues espero que aquí puedas encontrar algo que te guste. Es un negocio humilde, eso sí. Lo fundó el señor Bruno Paidós hace ya mucho tiempo y yo intento hacer lo posible para que el negocio se renueve... Veamos, veamos, qué puedo encontrar que te pueda servir –dijo mientras paseaba nerviosamente por la habitación sin dejar de acariciar su barba-. Mira, si te gusta especular con los resultados, tengo aquí el cuadrado de 31.
- ¡Oh, eso es una gran idea! –exclamó Erno. Aunque viendo la expresión del rostro de Leah, añadió-. Creo que no le gusta.
- Vale, vale, si quieres algo más sencillo, tenemos estas divertidas simplificaciones. Ven, vente para la pizarra... -los demás le siguieron y él comenzó a escribir números-. ¿Ves? Consideramos la fracción y ¡zas, zas!, basta tachar este par de cifras y tenemos una simplificación rápida y efectiva.


$$\frac{4\cancel{9}}{9\cancel{8}} = \frac{4}{8}$$

- Vale, ya lo sé, es un ejemplo típico. Pero este otro –dijo escribiendo de nuevo en la pizarra- es mucho más interesante:


$$\frac{3544}{731} = \frac{344}{731}$$

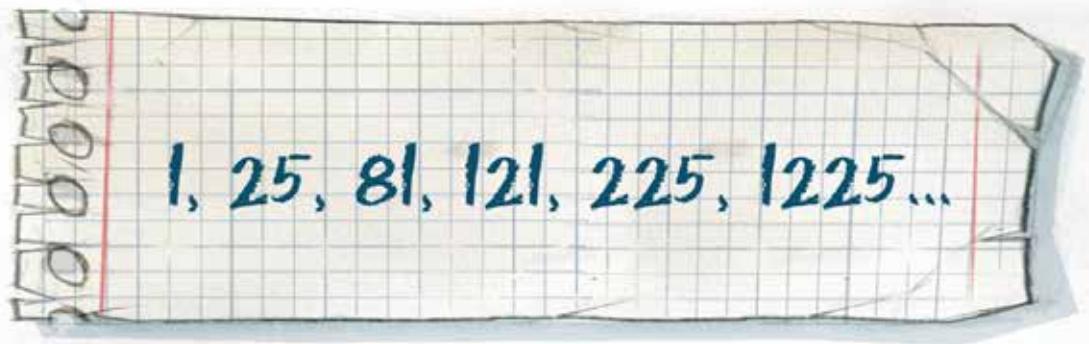
- Aunque, ¿qué estoy diciendo?! –y prosiguió sin esperar respuesta- ¡Si tu padre es matemático! Nada, nada, no se hable más, voy a buscarte una fracción como dios manda, te la preparo ahora mismo y te la llevas.

Rebuscó en uno de sus cajones hasta encontrar el papel que buscaba y enseñárselo a Leah.


$$\frac{143185}{17018560}$$

Leah intuía que, por alguna razón que se le escapaba, aquello debía ser un fabuloso tesoro por el que debía estar extremadamente agradecida, pero sólo fue capaz de encogerse de hombros y mostrar una tímida sonrisa.

- No, no me mires así, no acepto un no por respuesta. La reservaba para una ocasión especial y dudo que haya una mejor que esta... Venga, te lo guardo en un intervalo y te lo llevas. Eso sí, te lo dejo abierto, por si luego quieres meter tú una dedicatoria o algo...
  - No sé –dudó Erno-, tal vez Leah prefiera algo más lúdico. ¿No tienes algún acertijo nuevo?
  - Hum –dudó-. Ah sí, espera, a ver qué te parece este: “Si se ven niños en un parque y a tres los llaman sus padres a merendar, ¿podrán los demás jugar al baloncesto?”
  - ¿Y no hay más datos? –se extrañó Alt.
  - Bueno, el más alto se llama Johnny –aclaró el matemático.
  - Ah, vale –sonrió Erno-, ahora ya lo entiendo...
- Leah no sabía qué importancia podría tener que un chico se llamara Johnny y mucho menos que fuera el más alto, aunque fuera para jugar al baloncesto.
- También estuve mucho tiempo trabajando con series –prosiguió el matemático-. ¿Conocéis la sucesión de Sini? Sí, hombre, ya sabéis, la que empieza 1, 2, 3, 4, 8, 9, 11... Sí, ya sé que esa es fácil. Pero, mirad esta otra, que veréis que es mucho más interesante. Me pasé toda la tarde dándole vueltas.



- Sí, no me extraña –admitió Erno cuando revisó la serie-. Están realmente *escogidos*.
- Por cierto, que me ayudé de la calculadora, pero que no sé qué le pasa a este trasto.

Sumo 4 y 5 y sí que me da nueve, pero luego le añado 1 a 6 y me da 8 y al poner 7 y 0, ¡sale 0! Yo creo que se ha vuelto realmente loca.

Le tendió el pequeño aparato a Alt, que probó a teclear varios números.

- No sé qué le pasa –le explicó su dueño preocupado-, desde luego hay algo que no está *en su sitio*.

- Más bien –repuso Alt-, el problema es que está todo *en el mismo sitio*.

En ese momento, el dueño de la tienda reparó en el rostro, entre aburrido y decepcionado, de Leah.

- ¡Lo siento, Leah, es que no tengo mucho más! –se lamentó, mientras empezaba a rebuscar entre sus cajones-. Mira, intenté este dado de mil caras para múltiples posibilidades, pero siempre sale rodando, no hay forma de que se pose... O este circuito para coches de juguetes en forma de cinta de Möbius.

- Desde luego, ganas muchos centímetros de pista –admitió Erno.

- Sí, pero no consigo resolver el problema de dónde poner los pilares que lo sustenten. Mirad, también tengo el plato para dividir tartas en una cantidad impar de trozos...

Alt y Erno estaban entusiasmados como dos niños a los que abren un viejo baúl lleno de juguetes, por lo que Leah, que ya estaba un poco aburrida de tantos números, aprovechó que estaban distraídos para salir de allí.





Al salir del Numeramen, se fijó en una mujer sentada en uno de los bancos. Le resultó sorprendente su aspecto sosegado, especialmente en ese lugar en el que todos parecían algo desequilibrados. Tras observarla unos instantes, se sobresaltó al comprobar que escribía con la mano izquierda. Y además en la parte izquierda del cuaderno. ¡Tenía que ser la Chica Zurda! Se acercó a ella con cierta timidez y es que, después de tanto tiempo esperando encontrarla, le imponía tenerla ahí, delante de ella. Pero antes de que le diera tiempo a decir palabra alguna, la Chica Zurda levantó la mirada hacia ella. Al principio la miró con aire distraído, pero, al ver el rostro de Leah, sonrió.

- ¡Hola, Leah! Espera un momento.

Terminó de escribir unas últimas letras y, cuando lo hizo, arrancó la hoja del cuaderno y se la tendió a Leah.

- Toma. Está claro –sonrió– que ésta es la última.

- Supongo- admitió Leah encogiéndose de hombros-. Bueno, tengo tantas cosas en la cabeza que no sé por dónde empezar...

- Te preguntas qué es todo esto, ¿no?

- Eso es.

- ¿Has encontrado algo que te interese?

- No lo sé –dudó Leah-. Si me paro a pensarlo, ha sido una experiencia muy interesante, pero no sé si después de todo –dudó mirando en el interior de su bolsa- llevo algo que realmente pueda servir como regalo para mi padre. Porque tú sabes que tengo que llevarle un regalo a mi padre, ¿verdad?

- Claro –admitió la Chica Zurda con naturalidad.

- Me lo imaginaba.

- ¿Quieres que entremos en la *Tienda de Curiosidades*? Tal vez te guste algo de lo que veas...

Leah pensó que una tienda dedicada a las curiosidades en un sitio como aquel debía contener cosas *curiosas de verdad* así que aceptó encantada.

Cuando entraron, un hombre de unos cincuenta años se acercó a la Chica Zurda preso de una gran excitación.

- Mira, mira lo que acabo de recibir –dijo sin ni siquiera saludarla-. La foto de los hermanos Rowner en un auténtico periódico de la época.

- ¿Los hermanos Rowner? –preguntó Leah intrigada.

- Sí –le explicó la Chica Zurda-, el Coleccionista llevaba mucho tiempo buscando su foto. Eran unos bandidos ingleses que desvalijaron un montón de comercios en la década de los veinte. Se hicieron famosos porque resultaban extremadamente escurridizos y nadie nunca consiguió verlos juntos.

- Mira, aquí los tienes –dijo el Coleccionista mostrándoles el viejo periódico.

Leah los observó detenidamente. Realmente tenían un aspecto inquietante.

- Es curioso –opinó-, no se parecen tanto, aunque sí que tienen un cierto aire familiar.

- Permíteme –le pidió el Coleccionista quitándole el periódico con suave firmeza-. Es mejor que esté en su funda. El papel de periódico, en fin, ya sabes...



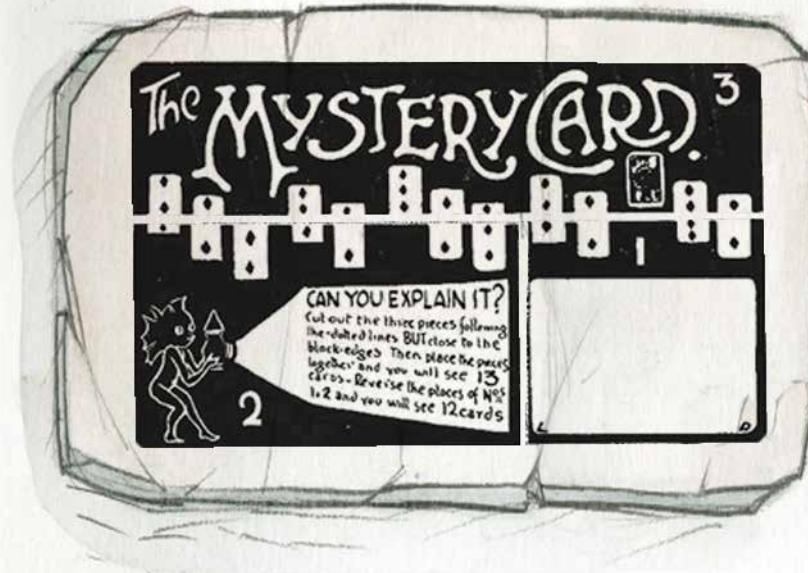
- Mira –intervino la Chica Zurda-, quería que le enseñaras a Leah algunas cosas que le pudieran interesar. Es para un regalo que quiere hacer a su padre.

- ¡Ah! ¿Es también un coleccionista?

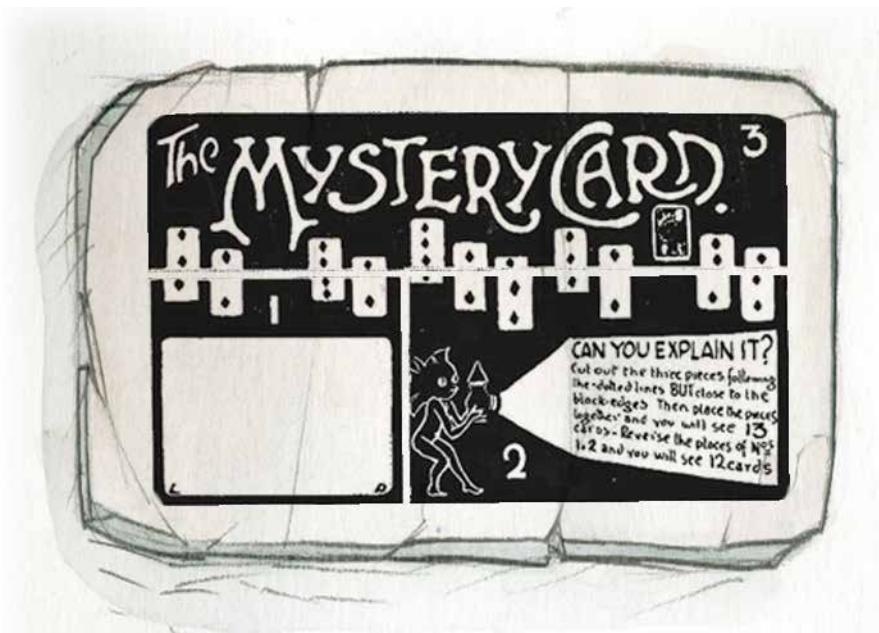
- Bueno, en realidad es matemático.

Leah pensaba siempre que ese dato contestaba por sí solo a cualquier pregunta que le pudieran plantear en relación a su padre.

- ¡Hombre, pues esto le puede interesar! –dijo cogiendo un álbum- Es una *carta que se desvanece*. Tu padre conocerá sin duda los duendecillos que popularizó Martin Gardner, o el “*Get off the earth*” de Sam Loyd. El mismo Loyd tiene otros también divertidos y menos conocidos como el del hombre que se convierte en león, pero este ejemplo es más raro aún, tal vez no tan espectacular como los otros, pero más difícil de encontrar. Mira –dijo cogiendo unos trozos de papel que había detrás de la postal-, hice una copia para no estropear la postal original. A ver, unimos las tres piezas y ¿cuántas cartas cuentas?



- Si no hay truco, trece con la negra –dijo Leah, tras contarlas con cuidado.
- Eso es, eso es. Ahora intercambiamos las dos piezas de abajo... ¿Cuántas cuentas ahora?
- A ver... ¡Pues sólo doce!
- Bueno, algunas no encajan muy bien, la verdad –intervino la Chica Zurda.



- Es cierto, no está demasiado bien hecho –reconoció su propietario-. ¡Pero es una versión muy rara!

Leah se fijó en otra postal que el coleccionista tenía en su álbum.

- ¿Y esta postal? Qué bonita luna.



- No es cualquier luna –asintió el Coleccionista satisfecho-, si te das cuenta, es una auténtica *luna de miel*.

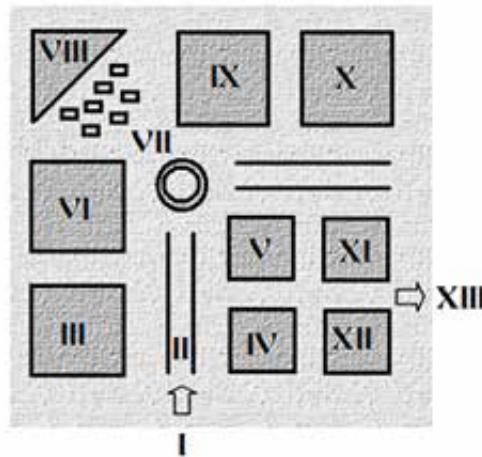
Leah no entendió por qué aquella luna tenía que ser precisamente *de miel*.

- No te preocupes, si la postal no te convence, tengo otra cosa que puede interesarte.

Nada menos que un plano de esta zona.

- ¿Ah, sí? –preguntó la Chica Zurda-. ¿Quién lo hizo? ¿De dónde lo has sacado?

El coleccionista sacó otra de sus carpetas y extrajo el plano de una de las fundas.



- ¿Interesante, verdad? –preguntó mostrándolo-. Sólo te diré que lo compré por una miseria, sobre todo teniendo en cuenta que no sé si existe otra copia.

- No que yo sepa –se limitó a contestar la Chica Zurda.

- Eso pensaba yo cuando lo compré. Veamos que más te podría interesar –dudó mientras se rascaba la barbilla pensativo-. Tal vez esta pintura –dijo finalmente agachándose para recoger un papel enrollado.

Lo extendió sobre la mesa con cuidado.

- Bueno, ¿qué te parece?



Leah hubiera respondido “Feo. Y raro”, pero ser tan sincera no parecía buena idea, por lo que, tras pensarlo unos instantes durante los que simuló admirar la obra, respondió:

- ¿Qué es?

- Una maravilla –se adelantó la Chica Zurda-. O al menos es *de ese país*.

- ¿A qué país te refieres?

Pero la Chica Zurda se limitó a sonreír y se volvió hacia el Coleccionista.

- Por cierto, ¿tienes lo que te pedí?

- Por supuesto. Espera-. Y desapareció un instante en la trastienda.

- Bueno, esta vez no te vas a ir de vacío –le dijo la Chica Zurda

A Leah, que ya no le extrañaba nada, no le sorprendió que el Coleccionista pudiera tener algo preparado para ella. Al contrario, sintió alivio al intuir que de alguna manera se estaba acercando a su objetivo.

- ¿Es un regalo para mi padre? –preguntó ilusionada.

- Sí –admitió la Chica Zurda, divertida ante las expectativas de Leah-. Bueno, en realidad es parte de él.

El Coleccionista volvió con una carpeta y un papel enrollado y atado con una cinta roja.

- Mira –dijo quitando la cinta.



La Chica Zurda lo examinó con cuidado antes de hablar.

- Magnífico. ¿Ha sido muy difícil?

- Bueno –se encogió de hombros con aparente modestia-. Al principio, cuando lo encontré, dudé si era esto lo que querías, pero en cuanto vi “Genere”, supe que estaba en el camino correcto...

- Fantástico, fantástico. A ver la otra pieza.

El Coleccionista abrió la carpeta y mostró su contenido.

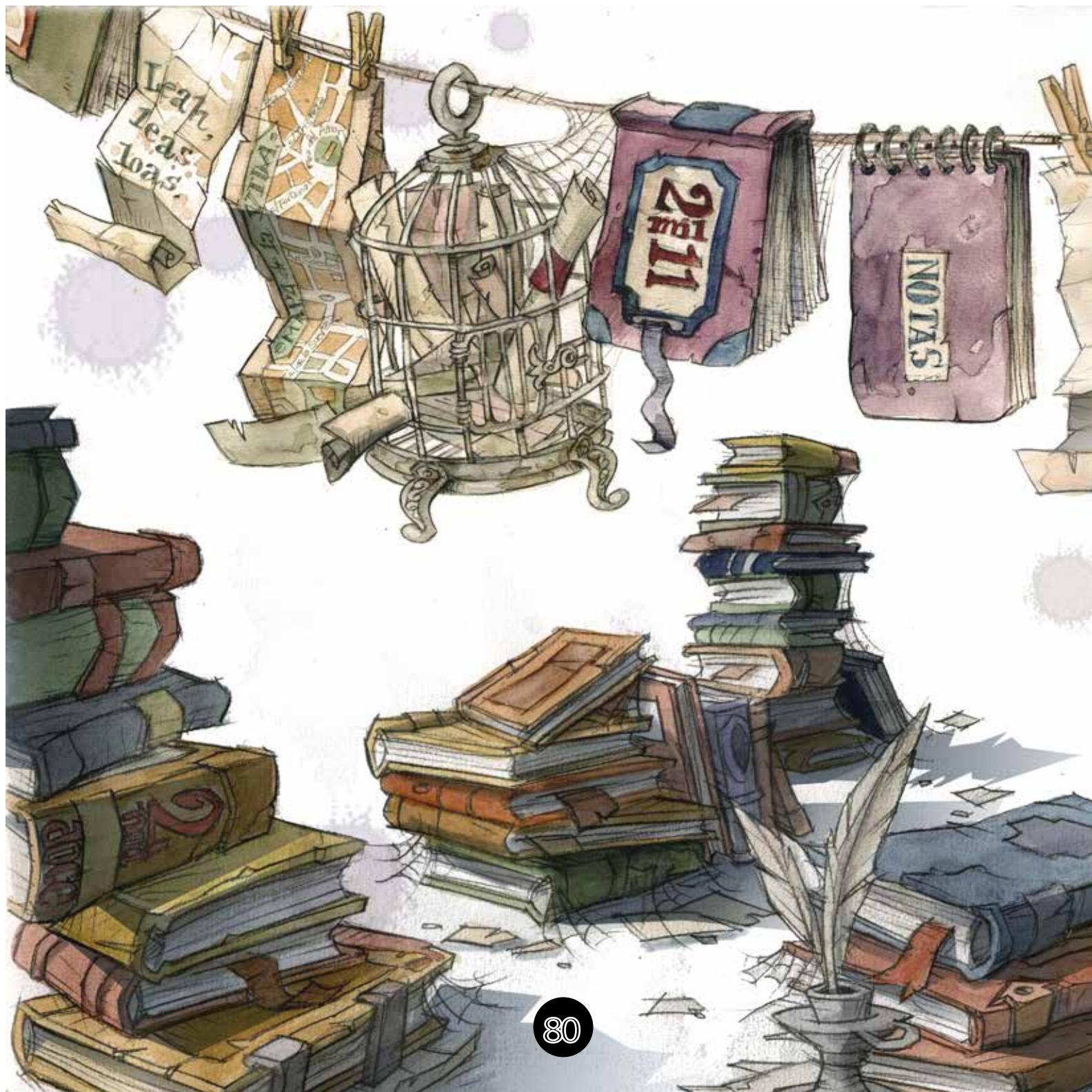
- Mira –le explicó la Chica Zurda a Leah-. Si te fijas, cada palabra se diferencia de cualquier otra que este en una casilla contigua solamente en una letra.

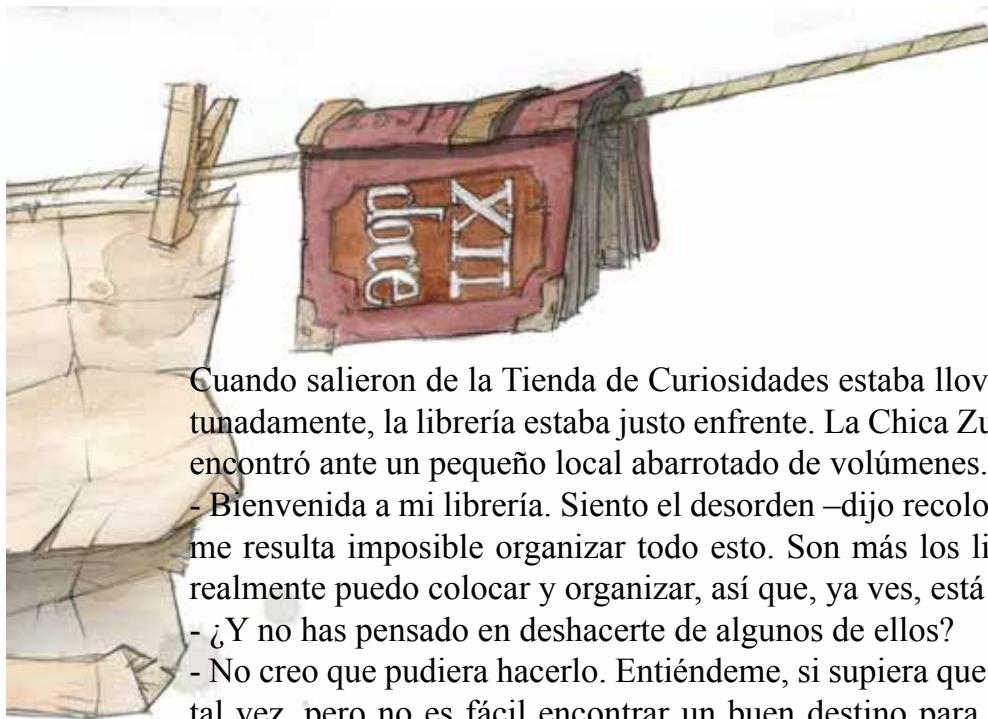


Leah se fijó en cada una de las palabras y comprobó que lo que le decía era cierto. Y, aunque le pareció ingenioso, no era desde luego, de entre todas las cosas que había visto, lo que ella hubiera elegido como regalo para su padre.

Pero la Chica Zurda, que pareció adivinar sus palabras, le dijo:

- Hazme caso, guárdalo –y tras darle las gracias al Coleccionista por los encargos, añadió-. Y ahora, veamos unos buenos libros.



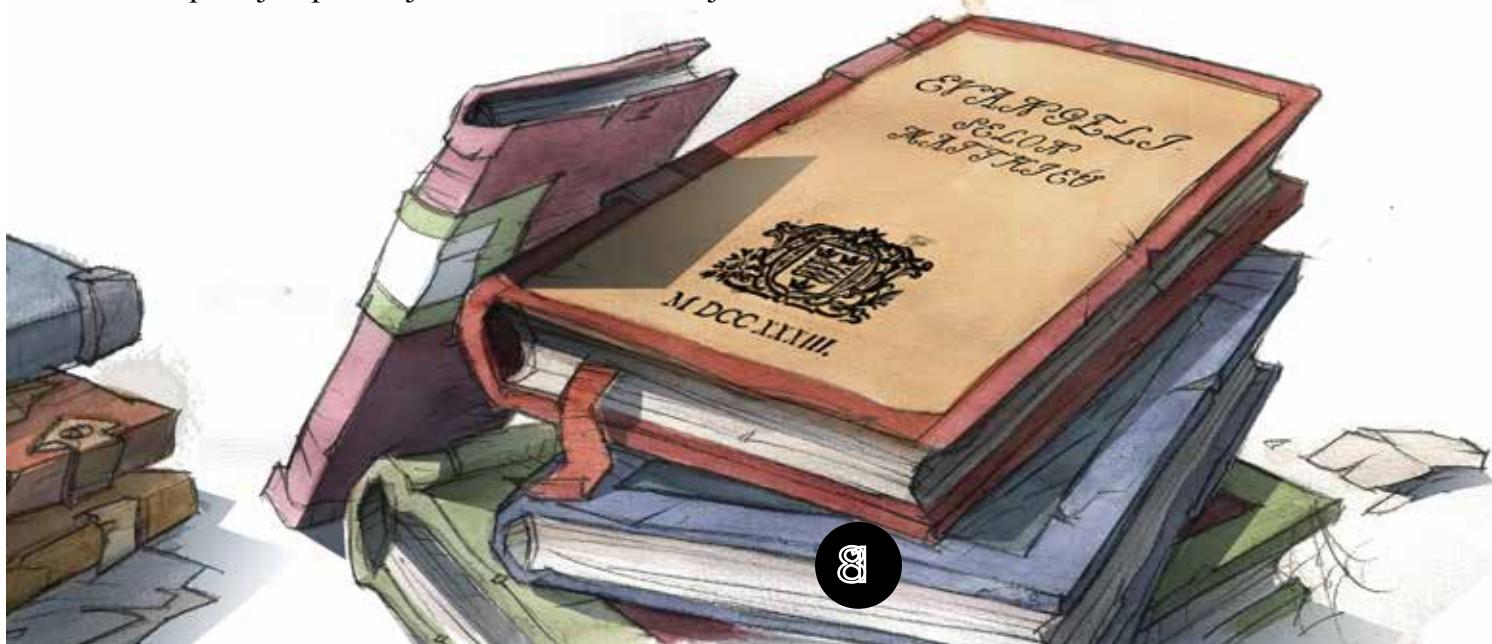


Cuando salieron de la Tienda de Curiosidades estaba lloviendo con fuerza, pero, afortunadamente, la librería estaba justo enfrente. La Chica Zurda abrió la puerta y Leah se encontró ante un pequeño local abarrotado de volúmenes.

- Bienvenida a mi librería. Siento el desorden –dijo recolocando un par de libros-, pero me resulta imposible organizar todo esto. Son más los libros que entran que los que realmente puedo colocar y organizar, así que, ya ves, está todo amontonado.

- ¿Y no has pensado en deshacerte de algunos de ellos?

- No creo que pudiera hacerlo. Entiéndeme, si supiera que los dejaba en buenas manos, tal vez, pero no es fácil encontrar un buen destino para un libro. Y yo jamás podría vender un lote al peso como hacen otros librereros. De alguna manera –sonrió como si acabara de tener esa idea en ese mismo instante-, es como si recogiera animales de la calle. No podría deshacerme de ellos, salvo que supiera que van a ir a parar a una buena familia. Algunos, además –prosiguió-, me ha costado mucho conseguirlos. Mira éste, por ejemplo –dijo mostrándole un viejo volumen.



- Es un evangelio según San Mateo –le explicó-, en francés, del S.XVIII, pero no es un evangelio cualquiera. Está escrito en versos alejandrinos, pero de forma que cada verso es un palíndromo. ¿Tú sabes lo difícil que es eso? Por lo visto, Julio Cortázar, cuando vivió en París, estuvo buscándolo muchos años para regalárselo a otro escritor, Augusto Monterroso. Y, sin embargo, ahora está aquí, en una estantería de esta pequeña librería –señaló con orgullo.

Leah no era capaz de entender del todo la importancia de poseer aquel libro, si bien sentía que había algo mágico en su vieja encuadernación y sus páginas gastadas.

- No es el único libro religioso importante que tenemos. Mira –dijo mostrándole otro viejo volumen- es la “Gramática Mariana”. En ella se recogen todos los versos que monjes de los siglos XVII y XVIII compusieron reordenando las letras del verso “*Ave Maria Gratia Plena Dominus Tecum*”. Es el inicio en latín – aclaró ante el gesto de extrañeza de Leah- del “Dios te salve, María”. Fíjate que uno de estos monjes, el franciscano Doménico Salvi, logró más de quinientas combinaciones de esas letras. Ten en cuenta que no sólo tenían sentido, sino que además era un significado religioso.

- Realmente no tengo mucha idea de cómo es inventarse anagramas –reconoció Leah encogiéndose de hombros-, pero debe ser muy difícil hallar tantas combinaciones, ¿no?

- Te diría que es casi *milagroso* –respondió la Chica Zurda sonriendo-. Pero fíjate que otro monje, Joan Francesco Turrius, un capuchino italiano, dejó a su sobrino, justo en su lecho de muerte, otros trescientos anagramas dedicados a la virgen para que los publicara. Fíjate, su último deseo antes de morir. Pero eso sí, nada comparado con los más de tres mil anagramas marianos que elaboró el abad de Dunes en 1711.

- ¡Más de tres mil! –se admiró Leah-. ¿Y también de la misma frase?

- Exactamente –le confirmó la Chica Zurda tendiéndole el libro.

Leah comenzó a hojear el libro pero se interrumpió al ver algo escrito a mano en las primeras páginas.

- Aquí han escrito algo.

- Sí, ya lo he visto. Por el tipo de tinta parece bastante más reciente, quizá de principios



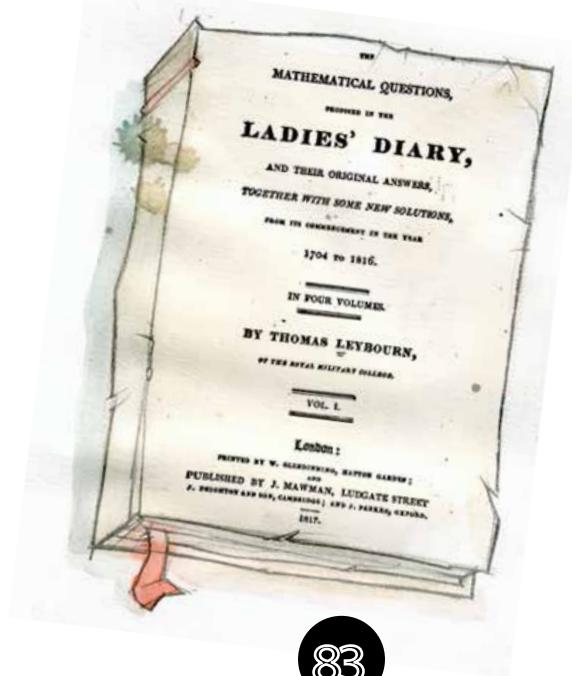
del siglo pasado. Pero no he podido adivinar su significado –explicó antes de leer el texto en voz alta:

Esa leal, que es tu correspondiente,  
ora su resplandeciente esqueleto.

Las dos permanecieron un instante en silencio, dejando que reposaran las palabras, hasta que la Chica Zurda dijo:

- Bueno, de todas formas, tu padre es matemático, ¿no? –Leah asintió-. Bueno, pues veamos qué tenemos aquí de Matemáticas... -dijo acercándose a otra de las estanterías-. Hay un ejemplar de los “*Textos marginales*” de Pierre de Fermat, casi todos inéditos. También podría interesarle -dijo cogiendo otro libro de estantería- la “*Historia de la Matemática Recreativa*”. Su autora es Luna Salud Jirón, de la que poco o nada se sabe, y es un libro que explica cómo y cuándo surgieron los más famosos acertijos matemáticos. Aunque, si tuviera que decantarme por un libro de matemáticas, sería éste.

Le tendió un viejo volumen en el que Leah pudo leer “*The Mathematical Questions, Proposed in the Ladies’ Diary, and Their Original Answers*”.



- “The Ladies’ Diary” –le explicó- era una publicación del S.XVIII que, como su nombre indica, estaba dirigida a mujeres. Al principio se dedicó a la cocina o la jardinería, pero, poco a poco, esos temas fueron reemplazados por contenidos científicos y acertijos matemáticos. Muchos de ellos los planteaban hombres, pero otros eran resueltos o propuestos por mujeres, como el clásico problema del Rey de Persia, el tablero de ajedrez y los granos de trigo.

- Ah, ese lo conozco, el de poner un grano en la primera casilla, dos en la segunda, cuatro en la tercera...

- Eso es. Pero fíjate –le dijo después de localizar la página- que en la solución de ese acertijo ponía simplemente “Solution by a Lady”. No era raro en esa época que, si era una mujer, no figurara su nombre. Otras usaban apodos como *Anna Philomathes*.

- No debía ser fácil ser mujer y matemática en aquella época –aventuró Leah.

- Bueno –sonrió la Chica Zurda-, no debía ser fácil ser mujer y *cualquier otra cosa*.

- Sí, eso es cierto –admitió Leah.

Y cogió el libro que la Chica Zurda le tendía.

- Este es curioso –dijo Leah tras ojear las primeras páginas-. Creo que se podría traducir como “¿En qué se parecen la Nochebuena y la Nochevieja?”.

- Ah, ese lo recuerdo. La respuesta es que “en ambas hay una be, pero en ninguna dos enes”.

- No lo entiendo –dudó Leah tras reflexionar un instante-. Eso no tiene sentido, Nochevieja es con uve y Nochebuena *sí que tiene dos enes*. Será que lo he traducido mal.

- No, lo has traducido bien –replicó sonriendo la Chica Zurda. Y, tras una pausa, añadió-. De Matemáticas –dudó revisando los lomos de los libros- no se me ocurre nada más que le pudiera interesar... Bueno –dijo alargando la mano para coger otro volumen-, este tiene también relación, aunque no sólo con las Matemáticas, sino con las ciencias en general.

Leah leyó el título de la portada: *Ciencianagrama*.

- Sí –se explicó la Chica Zurda-. Allá por el S.XVII algunos científicos ocultaron parte de sus hallazgos en forma de anagrama, a veces por ser contrarios a las ideas religiosas

de la época. Fíjate por ejemplo en este que escribió Galileo en una de sus cartas:

HAEC INMA TVRA A ME JAM FRVSTRA LEGVNTVR

- Es latín, ¿verdad?
- Efectivamente. Significa: Recojo en vano lo que no está maduro. Pero el verdadero mensaje se obtenía reordenando las letras así:

CINTHIAE FIGURAS AEMVLATVR MATER AMORUM

- Significa –tradujo la Chica Zurda-: *La madre del amor emula la forma de Cinthia*. La madre del amor es Venus mientras que Cinthia es un nombre poético que a veces se le daba a la Luna. Y es que Galileo lo que realmente quería transmitir es que había descubierto las fases del planeta Venus.
- ¡Qué buena forma de esconder un mensaje!
- Sí, ¿verdad? Pero no siempre el mensaje en clave era una frase con sentido. Mira por ejemplo lo que escribió Robert Hooke. Le llamaban el “Leonardo inglés” por la cantidad de disciplinas diferentes en las que trabajó.

CEDIINNOOPSSSTTUU

- Está ordenado alfabéticamente –observó Leah.
- Efectivamente, pero no tiene ningún sentido. Ahora, si lo ordenas bien, se puede leer:

UT PONDUS SIC TENSIA

- Que significa –prosiguió la Chica Zurda-, *Como el peso, así es la tensión*. Se refiere a una de las leyes que Hooke descubrió sobre el comportamiento de los cuerpos elásticos.
- ¿Y este otro? –preguntó Leah señalando una hoja en la que alguien había puesto un marcapáginas.

AAAEIIIILLMMNNNOOPPRRTTTTUU

- Este me tiene intrigadísima –reconoció la Chica Zurda -. Sólo dice que es la “Profecía del último planeta” y, por muchas vueltas que le doy, no soy capaz de descifrarlo.

- ¿Estará también en latín?

- Supongo que sí, aunque no podemos estar seguras.

A Leah le gustó esa expresión, “no podemos estar seguras”, ya que, de alguna forma, la incluía en una especie de equipo junto con la Chica Zurda.

- Mira este otro libro –dijo la Chica Zurda cogiendo otro volumen-. Me costó mucho conseguirlo, pero por fin llegó a mi biblioteca.



- Luego –prosiguió- existieron otros muchos libros *reversibles*, pero éste creo que es el primero.

- ¿Libros reversibles? ¿Qué es eso?

- Fíjate en la imagen de este pequeño bebé.



Si le das la vuelta al libro, ¿qué ves?



- ¡Un tigre!
  - Eso es. Cada animal se convierte en una persona y viceversa.
  - Todos tenemos un lado animal –dijo Leah con rotundidad.
  - Ja, ja –celebró la Chica Zurda-. Eso es, supongo.
- Leah se fijó en otro libro que había en el escritorio de su anfitriona.
- ¿Y este libro tan bonito?
  - Cógelo –le ánimo la Chica Zurda.
- Leah así lo hizo y entonces sintió un estremecimiento al leer el título en el lomo.



- Pero, –acertó a balbucear- ¿es...?
- La Chica Zurda cogió el libro y buscó entre las últimas páginas.
- Mira, vamos por aquí.
- Leah tomó el libro por la página que le indicaba y pudo comprobar cómo ponía: *“Leah tomó el libro por la página que le indicaba y pudo comprobar cómo ponía: “Leah tomó el libro por la página que le indicaba y pudo comprobar cómo ponía:” Leah tomó el libro por la página que le indicaba y pudo comprobar cómo ponía...”*
- Y fue entonces cuando sintió que la cabeza le empezaba a dar vueltas a la vez que todo se veía cada vez más y más borroso.





Cuando Leah se despertó, lo primero que sintió fue un terrible dolor de cabeza. Y enseguida, la voz de su madre:

- Leah, hija, te has quedado dormida al sol. Te ha podido dar una insolación.
- No, mamá, si cuando me senté, estaba a la sombra, pero, no sé –dijo mirando su reloj-, ha debido pasar un buen rato. Ah, qué dolor de cabeza.
- Pasa dentro, anda, y tómate un buen vaso de agua que te refresque un poco.

Leah hizo caso a su madre y fue a la cocina.

- Qué sueño más raro –se dijo mientras bebía.

De forma atropellada se le vinieron a la cabeza todos los extraños personajes con los que se había encontrado en el sueño así como los diálogos que había mantenido con ellos. Habría dado cualquier cosa por poder retener cada detalle, cada objeto curioso y cada rincón de las tiendas y las calles, por lo que decidió que valía la pena escribir rápidamente todo lo que recordara, que un sueño así tal vez podría convertirse en una buena historia. Así que corrió a su habitación a por su cuaderno de notas y se fue al salón.

Cuando entró, su padre, que estaba leyendo el periódico, levantó la vista y, entre preocupado y divertido, exclamó.

- Leah, hija, ¿cómo estás tan colorada?
- Me he quedado dormida leyendo en el jardín –explicó ella sentándose a su lado-. Leyendo “Alicia en el País de las Maravillas” –aclaró un poco avergonzada-.
- ¿Te has quedado dormida leyendo *Alicia*? ¡Esta es mi chica! –exclamó su padre, divertido-. Y ahora, ¿qué vas a escribir?
- Es que he tenido un sueño genial, de verdad, y no quiero que se me olvide nada. Por eso lo quiero apuntar enseguida.
- Está bien, hija –dijo haciéndole un gesto cariñoso en la cabeza-, pero no tardes, que vamos a comer. Tu hermana está acabando de limpiar el salón y se supone que a ti te tocaba poner la mesa y recogerla.
- Sí, papá, enseguida estoy. De verdad.

Cuando su padre salió del salón, Leah abrió su cuaderno y, durante un buen rato, se dedicó a escribir todo lo que le venía a la cabeza: nombres, lugares, pequeñas frases que le recordaban alguna escena o conversación, y todo con la angustia de quien tiene que rescatar lo que pueda durante un naufragio.

- ¿Qué haces, tía? –le interrumpió la voz de su hermana Rosa-. Que te toca poner la mesa.

- Que ya lo sé –respondió Leah con impaciencia-, se lo he dicho a papá, que estoy acabando una cosa.

- Pues por lo menos no estorbes, que he pasado la dichosa mopa por todas partes y sólo me queda el salón.

- ¡Que te he dicho que es sólo un momento!

- ¡Pues vete a otro sitio!

En ese momento entró su padre con una fuente para servir.

- ¿Pero no está puesto el mantel? Que vengo ya con la comida.

- ¡Vale, está bien! –aceptó Leah levantándose de mala gana. Estaba en plena inspiración y le fastidiaba tener que interrumpir la escritura, pero se dio cuenta de que no tenía más remedio que poner la mesa, así que quitó las cosas y puso el mantel.

- Ya era hora –dijo su hermana.

- Vale, chicas, no discutáis –intercedió su padre–, que cada una haga lo que le toca y ya está.

- ¿Qué tenemos para comer? –preguntó Rosa mientras terminaba de pasar la mopa junto al sofá.

- De primero, sopa –explicó su padre posando la fuente-. Y de segundo, filetes, creo.

Y de pronto Leah tuvo una extraña sensación. Mopa. Rosa. Sopa. Todo aquello le resultaba muy familiar. Hasta que recordó el acertijo de la cuadrícula que, en el transcurso del sueño, le habían regalado en la Tienda de Curiosidades. De forma instintiva echó mano al bolsillo donde lo había guardado y se estremeció: ¡había un papel en su interior!

- ¿Estás bien? –le preguntó su padre.

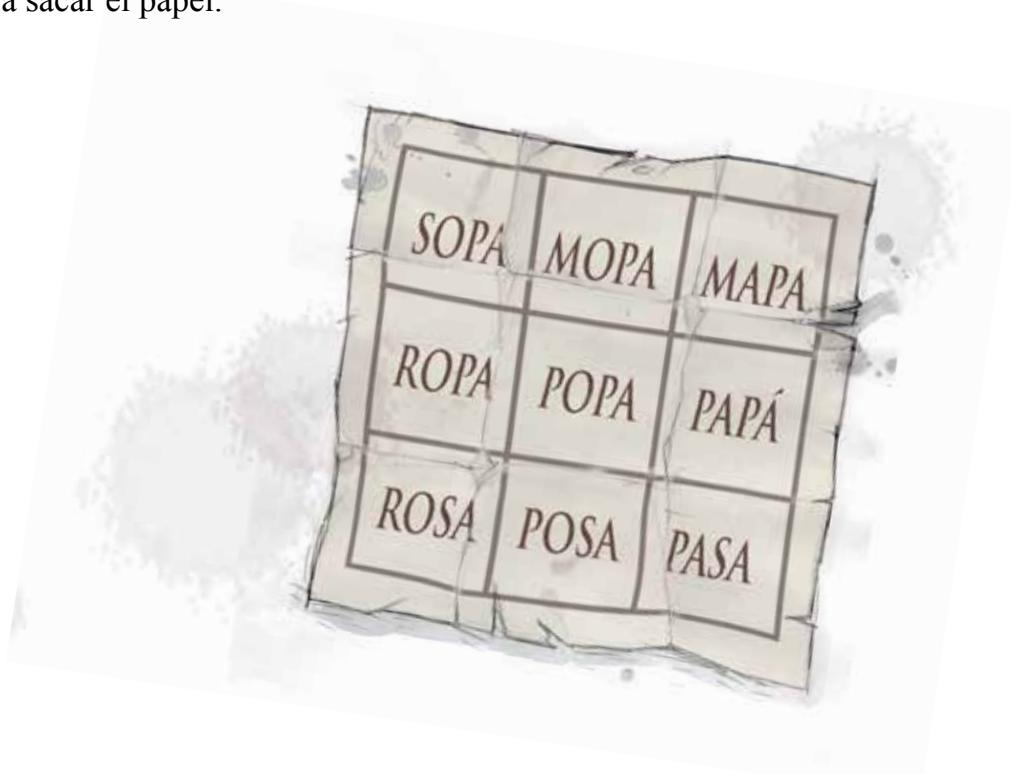


- Eh, sí –titubeó-. Voy un momento al baño.

Su hermana, al verla levantarse, sacudió la cabeza.

- Ésta, con tal de no hacer nada...

Cuando estuvo sola en el baño, se sentó y, después de respirar profundamente, se atrevió a sacar el papel.



¡Dios mío, sí que era el acertijo! Lo guardó de nuevo, como si ese momento no fuera más que una prolongación de ese extraño sueño. Y así estuvo un buen rato, sacando y guardando el papel, hasta que terminó por acostumbrarse a su existencia.

Volvió a revisar las palabras que le habían encendido la luz de alarma. Rosa que estaba pasando la mopa, su padre y la sopa. Parecía evidente que había un mensaje oculto en aquel papel.

Enseguida dedujo que había palabras que formaban una frase. ROSA PASA MOPA y PAPÁ POSA SOPA, aunque todavía no sabía qué relación podía tener con las otras, MAPA, POPA y ROPA, que, desde luego, no parecían estar unidas de la misma manera. Intentó ver entonces cuál podría ser la “forma de enganche” buscando simetrías, distancia entre las casillas, cualquier cosa...

La voz su madre interrumpió sus pensamientos desde el otro lado de la puerta.

- ¿Leah, estás bien?

- Sí, mamá –respondió-, enseguida salgo.

Y de pronto, tras un nuevo intento, todo encajó. Ordenando las palabras de muchas formas distintas, comprobó que de PASA a MOPA se llegaba con el movimiento de un caballo de ajedrez. ¡Y lo mismo de MOPA a ROSA! Y con el nerviosismo propio de los grandes descubrimientos, comprobó que los distintos movimientos del caballo ya sólo tenían una ruta posible que daba lugar a frases con sentido:

PASA MOPA ROSA  
PAPÁ SOPA POSA  
MAPA ROPA

¡Mapa ropa! ¿Qué otro mapa podría ser sino el del lugar que había soñado, el que también le habían enseñado en la Tienda de Curiosidades? ¿Y la ropa? Recordó que en el salón había un montón de ropa que su madre acababa de planchar. ¿Estaría ahí el mapa? Corrió hacia el salón justo a tiempo para ver cómo su madre estaba a punto de recoger el montón de ropa.

- ¡Espera! –le gritó para sorpresa de todos.

- ¿Qué pasa, hija? Estás más rara...

- Nada, mamá –improvisó-, es que tenía ganas de ir al baño y, bueno, como no he podido poner la mesa, déjame que al menos coloque la ropa.

- Bueno, está bien –concedió su madre extrañada-. Pero venga, luego lo haces, ahora siéntate a comer.



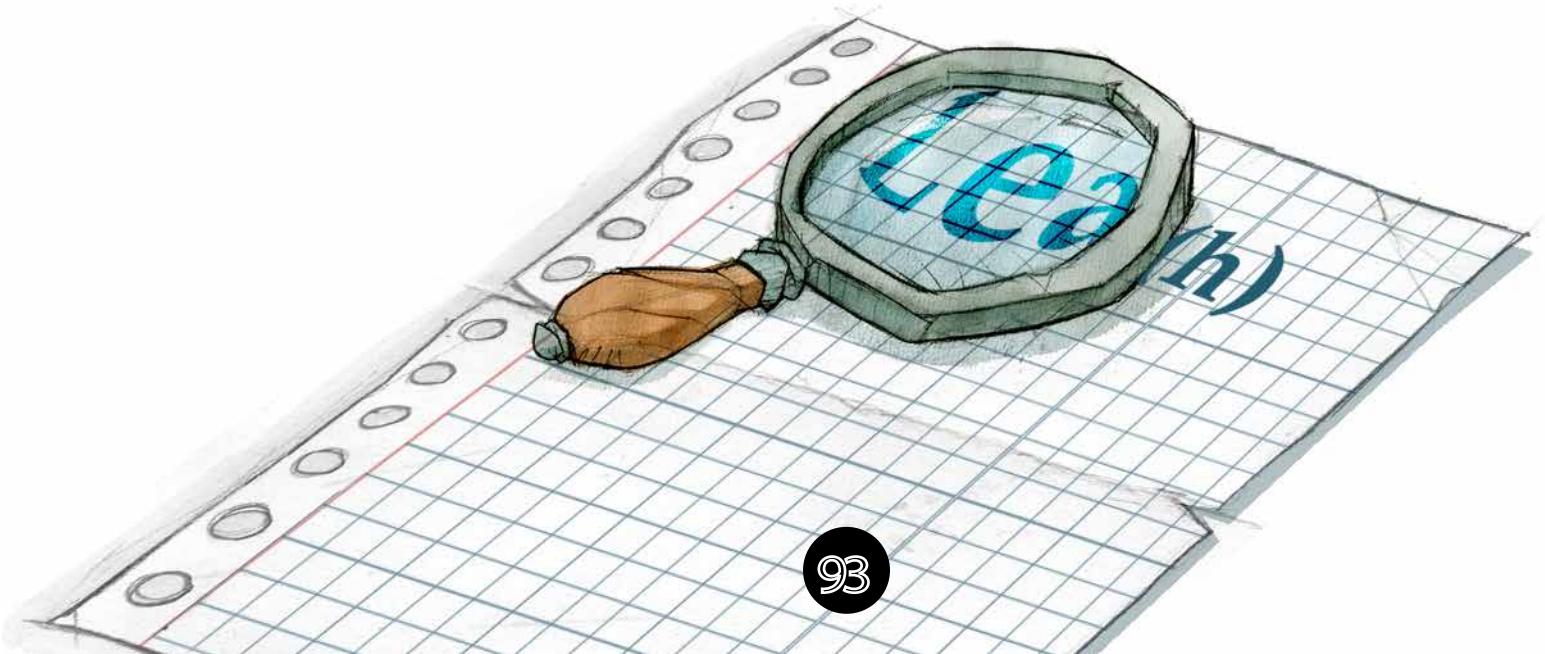
Se sentaron a la mesa y Leah, durante la comida, que se le hizo eterna, no paró de mirar de reojo el montón de ropa, hasta que, cuando por fin terminaron, lo cogió y se lo llevó a su habitación.

No tuvo que buscar mucho, ya que, mientras comía, se había fijado en que allí estaba su cazadora favorita y, de alguna manera, supo que el mapa estaría allí. Así que cogió su cazadora y rebuscó en todos los bolsillos hasta que al fin en uno de ellos halló el mapa. Esta vez aceptó el descubrimiento con más naturalidad. Simplemente sonrió al ver el mapa de nuevo y ya no tuvo duda de lo que tenía que hacer: se sentó en su mesa de estudio, cogió papel y bolígrafo y escribió ese título que ya conocía.

## Lea(h)

Y, presa de una intensa emoción, comenzó a redactar los primeros párrafos: la conversación con su madre, cómo se quedó durmiendo leyendo y después despertó en aquel extraño mundo, y cómo allí se acercó hasta un banco y un hombre, antes de que pudiera abrir la boca, la saludó diciendo:

- Hombre, Leah, me alegro de verte de nuevo por aquí.





## **CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES**

Todas las imágenes son obra de Ángel eFe , salvo:

Págs. 21, 32, 33, 40, 78 Wikimedia Commons

Págs. 41, 53, 75, 76 (1), 76 (2) Museo Ilusionario

Pág. 52 Viperlib

Pág. 54 Harpo

Pág. 63 (1) Merfat

Págs. 63 (2) y 64 Tomás Castañeda

Págs. 86 (1 y 2) y 87 (1) Chris Mullen Collection

